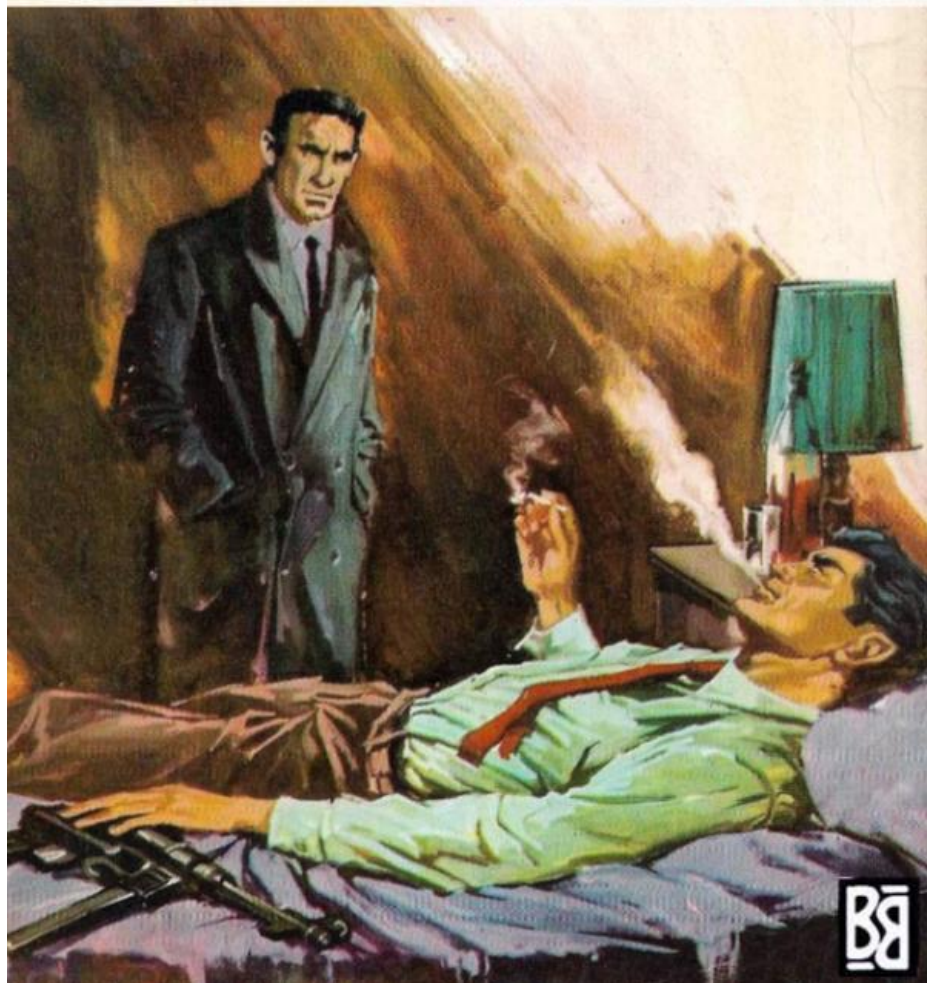


PUNTO
ROJO

operación tormenta

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



OPERACION "TORMENTA"



BURTON HARE

OPERACION «TORMENTA»



Colección PUNTO ROJO n.º 228

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 19699 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre 1966

© BURTON HARE - 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA - 1966
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

218. El amor también mata.

223. Brillo mortal.

En Colección SERVICIO SECRETO:

831. Muerte en la azotea.

835. El extraño crimen del fuego.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

124. Crimen por correspondencia.

126. Invitación para matar.

CAPÍTULO PRIMERO

PEQUEÑAS CAUSAS

Pequeñas causas, grandes efectos.

No es que el naufragio de un buque de carga sea un suceso pequeño, incluso contando con que el buque sea de poco tonelaje.

Pero sí lo es el hecho de que, entre los múltiples restos del naufragio, aparezca parte de una caja de madera.

¿Puede imaginarse una causa más pequeña para desalar un cataclismo a escala internacional?

Unos trozos de madera.

Ni más ni menos.

El buque era el *Seaseal*, con pabellón liberiano, aunque si hubiese sido preciso determinar exactamente a quién pertenecía hubieran surgido innumerables complicaciones.

La tempestad comenzó a zarandear al *Seaseal* cuando se encontraba a la altura de las Bahamas, a un centenar de millas de Nassau, en pleno Mar de los Sargazos. El mar jugueteó con el viejo carguero, levantándolo desconsideradamente y dejándolo caer, rompiéndole el timón, desarbolándole el aparejo y, despreciando su edad venerable, acabó por hundirlo en medio de montañas de espuma y rugidos de bestia ciclópea.

Con el barco desapareció su tripulación. Las lanchas de salvamento fueron trituradas por las enormes olas, los hombres lucharon con la muerte aferrándose a cualquier cosa que flotase...

Una de las cosas que flotó fue un pedazo de cajón de madera de gran tamaño. Unas tablas, simplemente.

Hubo quien trató de agarrarse a ellas, pero fue barrido por el mar y tragado por el abismo líquido. Y los restos del cajón siguieron flotando a la deriva, junto con otros trozos del buque, hasta que la tempestad amainó y el sol, volvió a romper la barrera de nubes y su luz alumbró el paraíso tropical, como guiando de manera implacable aquellos simples maderos hasta el mismo borde de la Corriente Ecuatorial del Norte.

A partir de ahí, esa pequeña causa desencadenó los grandes efectos.

La corriente arrastró el cajón en compañía de un salvavidas. Las olas, suaves y onduladas, los llevaron dulcemente hasta menos de quince millas de la isla de Andros, donde un buque guardacostas de Estados Unidos los

avistó...

Ambos objetos fueron izados a borde. El oficial que mandaba el guardacostas examinó primero el salvavidas. Todo lo que descubrió fue que había pertenecido a un navío llamado *Seaseal*. Eso no le aclaró nada. Luego dio un vistazo al cajón y todavía comprendió menos.

Radió un mensaje dando cuenta de su hallazgo y preguntando si en cualquiera de las estaciones de escucha se había recibido una llamada de socorro de tal buque. La respuesta le desconcertó. El *Seaseal* no había lanzado ninguna llamada de socorro. Ningún S. O. S.

En una palabra: no había pedido ayuda.

Decidió conservar aquellas pruebas de un desastre marítimo, para entregarlas a la base tan pronto tocase tierra, y no se acordó más del asunto. El guardacostas siguió su navegación de rutina y, dos días después, cambió el rumbo y regresó en busca del relevo.

* * *

Sus camaradas le llamaban Andy. A él no le importaba. Realmente a Andy no le interesaba nada de nada, a excepción de su pasión por los estudios de física.

Andy había r, suelto convertirse en una lumbrera en el mundo de la investigación nuclear.

Andy tenía veinte años. Puede decirse que era cuanto tenía.

Para costearse sus estudios, y al mismo tiempo para satisfacer también su afición al mar, se había enrolado en la marina, servicio de guardacostas con base en Winterland, al sur de Coral Gables. Todos los minutos que el servicio le dejaba libres los dedicaba a estudiar furiosamente, realizando cuantas pruebas y experimentos podía en una parte de la gran nave cubierta que servía de hangar a las pequeñas lanchas motoras. Allí, su juguete predilecto era un contador *Geiger* adquirido de segunda mano... y que jamás lograba ver en funcionamiento.

¿Cómo iba a funcionar un contador de radiactividad en una base de guardacostas? Esa era una de las espinas que Andy tenía clavadas en su amor propio, porque ya estaba cansado de soportar las burlas de sus compañeros al respecto.

Andy y su afición fueron la otra pequeña causa que tuvo grandes efectos.

Armado de su contador, el muchacho discutía acaloradamente con un grupo de burlones marinos, todos los cuales consideraban que una muchacha rubia, o morena o de cualquier otro color, con bonitas piernas y hermoso rostro, era la meta de todo buen marino que se preciara de serlo. No comprendían que Andy tuviera más afición a su armatoste que a las

faldas.

Acababa de amarrar uno de los guardacostas a muy poca distancia. El contador estaba entre las manos de Andy, quien hacía enormes esfuerzos para explicar con lenguaje llano a los incrédulos camaradas cómo funcionaba, cuando repentinamente el aparato comenzó a emitir un repiqueteo sincopado y vivo.

Fue un instante de verdadera sorpresa. Andy se quedó sin habla, mudo de estupor. Era la primera vez que escuchaba el sonido de la radiactividad, y la emoción estuvo a punto de tumbarlo de espaldas.

También el grupo de incrédulos perdió todo deseo de chanza. Veían ante ellos un aparatito ridículo que emitía un sonido una y otra vez, subiendo de tono a cada segundo, como si estuviera enfureciéndose. Al mismo tiempo, la aguja locamente señalando una fuerte radiactividad que hasta un minuto antes no había existido.

—¿Qué demonios significa esto, Andy? —casi gimió uno de ellos.

—No lo sé... ¡Oh, demonios, no lo sé! Pero hay radiactividad aquí... muy fuerte...

—No estaba antes, ¿eh?

—No... Ahora se aleja... se debilita...

Andy comenzó a mover el aparato buscando la procedencia de las radiaciones. El sonido se avivó al enfocar a dos marinos que se alejaban cargados con unas tablas y un salvavidas.

—¡Ahí está! —aulló Andy, echando a correr.

Cuanto más se acercaba a los dos marineros, más oscilaba la aguja, y más fuerte y rápido era el sonido intermitente. Cuando estuvo junto a ellos, el *Geiger* pareció volverse loco, como si fuera a estallar.

—¡Quietos ahí! —bramó el excitado aprendiz de físico.

Los dos asombrados marinos le miraron estupefactos.

—¿Qué le pasa a este? —gruñó uno de ellos.

—Está chiflado, ¿no te parece?

A empujones, Andy les obligó a separarse. Luego, acercó el contador al que sostenía el salvavidas. Las señales disminuyeron. De un salto estuvo junto al otro. El sonido aumentó.

—¡Esas tablas! —exclamó Andy—. ¿De dónde las has sacado?

—Pero, bu no, ¿qué demonios te pasa a ti, ¿eh? Sola es un trozo de cajón de embalaje.

—Sí, ¿verdad? ¡Está radiactivo, idiota!

El marino abrió la boca. Desorbitó los ojos. Luego, dejó caer las maderas y pegó un salto atrás, mientras Andy daba vueltas en torno a los maderos, excitado, lleno de entusiasmo profesional.

Entonces llegó un oficial y el juego se acabó. El oficial no tomó a broma la afición de Andy. Tampoco le causa ninguna gracia el comportamiento estupefacto de los otros. Ordenó que los maderos fueran llevados al

despacho del comandante Morrison, agarró a Andy y su aparato y le obligó a seguir a los maderos como un perrito a su amo.

Esa fue la última de las pequeñas causas. A partir de entonces, se gestó el cataclismo que costaría sangre, muerte y desolación a incontables seres humanos.

CAPÍTULO II

LOS ERRORES

El descubrimiento de que unos restos del *Seaseal* eran fuertemente radiactivos provocó una extraordinaria reacción en los círculos más dispares, desde el Pentágono hasta el hombre de la calle, enterado este por la indiscreción de un avisado reportero, cuyo artículo fue reproducido por la mayoría de periódicos de la nación.

Ese artículo, y los que le siguieron preguntándose cómo era posible la radiactividad en un buque que, según los registros del Lloyd internacional, y las hojas de embarque del último puerto que había tocado, solo llevaba un cargamento de maquinaria agrícola, tuvieron la virtud, también, de originar otra clase de reacción en cadena: asesinatos.

Y, la mayoría de ellos, si bien efectivos para cerrar algunas bocas que pudieran haberse convertido en altamente peligrosas, resultaron una medida errónea.

Como el de Flo Turner por ejemplo.

Flo era una muchacha de veintiséis años, escandalosamente llamativa, carente de complejos y de vergüenza, que desde su primera juventud había llegado a la conclusión de que solo hay una manera de vivir con lujo, comodidad y sin problemas.

Si bien sufrió muchos altibajos para poner en práctica su teoría, puede decirse que, en la época en que murió, estaba en la «cumbre» de lo que ella llamaba su «posición».

Ocupaba un apartamento cómodo y espectacular en la cima del *Edificio Bahía Branca*, en Río de Janeiro. Era un lugar de verdadero ensueño, «de cine», como ella decía.

En su parte delantera había una gran terraza poblada de vegetación más o menos tropical. Desde aquella impresionante altura podía contemplarse toda la maravilla de Copacabana, con su gigantesca, interminable acera de mosaicos policromados, la palmera solitaria y, muy al fondo, difuminado entre la bruma, el Pan de Azúcar.

También podían verse, como pequeños insectos, los miles de bañistas

que a todas horas poblaban la playa, y los coches diminutos apresurándose en todas direcciones...

Y la muerte.

Aunque a la muerte, Flo solo pudo verla durante unos segundos fugaces, mientras caía de la altura de treinta y seis pisos hacia la calle, donde se estrelló convirtiéndose en una masa informe, sangrienta y repugnante, causando el consabido revuelo entre los paseantes.

Los periódicos hablaron de un accidente o un suicidio. Pronto cambiaron de opinión. Los sagaces forenses de la policía de Río descubrieron varios arañazos en el cuerpo, trozos de piel arrancados aparentemente en una lucha desesperada... y hematomas, como si antes de ser arrojada al vacío hubiera sido golpeada brutalmente para reducirla.

Eso fue un error del asesino.

También lo fue olvidar que Flo tenía una hermana llamada Julie.

Otro craso error fue quitar de en medio a Lourenzo Chaves, un mestizo parlanchín y alegre, empicado en el puerto de la isla fluvial de Marajó, en el Amazonas. El puerto de Marajó era el último lugar al que había tocado el *Seaseal* antes de que desapareciera tragado por las aguas.

Lourenzo, borracho como de costumbre, abandonó la taberna aquella noche cantando a voz en grito sus amores, sus ilusiones y sus alegrías. Lourenzo estaba convencido que en el mundo no *había otro hombre más feliz que él* aquella noche, porque un hombre blanco, un *gringo*, le había prometido nada menos que diez mil dólares americanos. ¿No es magnífico?

Lo malo fue que, en la entrevista donde debía recibir la pequeña fortuna, el *gringo*, en lugar de abonar su compromiso en dólares, lo pagó en acero.

El cuchillo se hundió en el estómago del pobre Lourenzo hasta la empuñadura, barrenó lo suficiente para asegurarse que la herida era mortal, y el desgraciado mestizo fue abandonado en plena selva, no lejos del lago interior, cerca del nacimiento del río Ararí, con la seguridad de que las alimañas de la selva impenetrable darían pronto cuenta del infeliz.

El error del hombre blanco consistió, principalmente, en elegir aquel lugar para dejar al mestizo. También influyó el desconocimiento que el *gringo* tenía del país y sus costumbres, especialmente las del padre Forteza, un capellán esforzado, gruñón y fuerte como una piedra, que todas las semanas atravesaba aquellos parajes para celebrar una misa en la tribu de los *pacaas novas*, unos indios todavía bravos que están extinguiéndose a un ritmo desorbitado.

El padre Forteza, en consecuencia, tropezó con el cuerpo de Lourenzo cuando unos grandes lagartos empezaban a rondarlo. El capellán trató de auxiliarlo. Vio que todavía respiraba y cumplió con la obligación de su ministerio...

Antes de morir, Lourenzo pronunció unas palabras incomprensibles

para el sacerdote. Este hubiera preferido una confesión, un acto de contrición del moribundo, naturalmente. Después de todo, tal vez lo fueran también aquellas palabras...

—*Seaseal*... rocas blancas... piedras blancas... diez mil dólares, padre...

—No hables ahora, muchacho. ¿Quieres arrepentirte de tus pecados?

—Padre... el *Seaseal*...

—¿Qué es eso?

—Un barco... padre...

—Escúchame, hijo, no es el momento para...

No terminó la frase. La cabeza del mestizo cayó a un lado y la muerte hizo presa en el desgraciado, convirtiendo su fin en otro error.

Y equivocaciones fueron asesinar a tiros, en plena calle de Miami, en Florida, a Estephan Jones, un físico aficionado a las drogas. A la policía de Miami les siente muy mal que tomen sus calles por campo de tiro. Eso desacredita la ciudad como lugar de reposo y ahuyenta el turismo. Así que se tomaron mucho interés por el caso.

Y en Nueva York, donde Anthony Forrest cayó materialmente segado por una ráfaga de una ametralladora «Sten». También en este caso la policía se empeñó en encontrar a los culpables, por cuánto Forrest era un vigilante de los muelles y los ánimos entre los descargadores ya estaban lo bastante exaltados a causa de las recientes huelgas...

De manera que, en distintas partes del globo, se inició una operación de exterminio rápida, demasiado precipitada tal vez, ya que se produjeron una sucesión de errores que ningún asesino medianamente entrenado hubiera cometido...

Pero, realmente, el crimen que rebasó la medida —, esas equivocaciones, se cometió en Río de Janeiro, veintidós días después del descubrimiento de Andy y su contador *Geiger*.

La víctima, un norteamericano joven y vigoroso que respondía al nombre de Goldberg, acababa de celebrar una entrevista con cierto individuo desastrado, una verdadera «rata de muelle», cuando fue sorprendido por tres hombres corpulentos, vestidos con pantalón blanco y camisas veraniegas que les colgaban fuera del pantalón. Los tres hablaban muy bien el inglés y empuñaban revólveres de gran calibre.

Goldberg supo lo que le esperaba desde el mismo instante en que los vio, por lo tanto obró en consecuencia. Simuló dejarse capturar sin resistencia, pero cuando uno de los hombres se le acercó para registrarlo, puso en juego una dura llave de «judo» y el individuo salió dando tumbos, aullando y disparando su revólver sin saber siquiera a dónde dirigía sus balas.

Goldberg saltó a un lado, empuñando su propia arma, y comenzó a disparar a su vez fría y calmamente. Desde luego, sabía que no saldría con vida de la batalla, pero le habían enseñado a mirar con frialdad a la

muerte, y lo estaba haciendo.

El primero de los pistoleros recibió dos plomos del «38» en el pecho y cayó con una ridícula voltereta. El segundo encajó un proyectil en la clavícula y se puso a chillar. Otra bala le destrozó la boca y ya no gritó más.

Fue el tercero el que logró terminar con el alboroto. Su revólver llameó una y otra vez, desde el suelo, donde estaba caído todavía como resultado de su voltereta. Tuvo la satisfacción de ver a Goldberg estremecerse, caer de rodillas boqueando sangre... y apretó todavía el disparador para asegurarse de su obra.

Tardó unos segundos más de la cuenta en apretar el gatillo, de manera que dio tiempo a Goldberg a hacerlo también en el instante que se desplomaba de bruces, y la bala del «38» barrenó sus intestinos como una ascua ardiente...

La policía encontró los cuatro cuerpos. Los identificó, vio que uno de los tres todavía alentaba y lo mandaron al hospital.

En los bolsillos de Goldberg hallaron un pequeño estuche de piel. Contenía la credencial de agente del F. B. I.

Ese fue el error que culminó aquella cadena de muertes. No se puede matar a un federal, sea donde sea, y esperar que todo quede tranquilo, olvidado...

El inmediato resultado fue la llamada del Departamento de Justicia de Estados Unidos a un grupo de sus «funcionarios».

Sus más desconocidos «funcionarios» precisamente.

CAPÍTULO III

LOS JUSTICIEROS

Cada uno de ellos había llegado a Río de Janeiro por un medio y a una hora distinta. Turistas, como otros muchos miles y miles que, procedentes de todas las partes del mundo, convergían en la ciudad para gozar de su legendario carnaval.

Solo que ellos, de turistas, solo tenían la apariencia. Y, aun esta, muy relativa.

Desde hacía unos días, sus habitaciones estaban reservadas en el hotel «Comodoro», un establecimiento de segunda categoría, cómodo y sin muchas pretensiones. Discreto.

Pero tenía una ventaja. Sobre su fachada, una larga galería corría a todo lo ancho formando pequeños compartimientos llenos de plantas y flores, cada uno de los cuales pertenecía a una habitación. Estaban separados entre sí por un pequeño muro muy fácil de saltar. Las habitaciones de los cuatro hombres eran correlativas. Sus terrazas individuales eran un nexo de unión que podía comunicarles en un momento dado.

Johnny Rugolo dio unos pasos por la terraza, encendió un cigarrillo y miró por encima de la separación. Las pertenecientes a sus vecinos de ambos lados estaban desiertas. Fue a apoyarse a la balaustrada y miró hacia abajo, a la ancha calle llameante de gallardetes, banderolas, farolillos multicolores, figuras delirantes, flecos de papel, todo ello dispuesto ya para el inmediato carnaval.

Johnny se asombró de la inmensa vitalidad de la gente. Parecían hormigas, millones de pequeñas hormigas afanándose en todas direcciones, hacia los espectáculos, las tiendas, los bancos, comercios, oficinas, bares. Y de los coches que pasaban como flechas, a velocidades escalofrantes. Y de los repletos trolebuses que pasaban amenazando con arrollarlo todo, con gentes colgadas de sus portezuelas como racimos suicidas.

Johnny suspiró al pensar en los tumbos que había dado en la vida. Era alto, medía casi seis pies, ancho de espaldas y su cutis estaba curtido por el

Usos grandes manos nunca estaban quietas. En aquellos momentos, experimentaba la ineludible necesidad de echar un trago, pero sabía que a Carella no le gustaba que bebieran antes de cualquier reunión y se abstuvo. Estaba acostumbrado a renunciar a muchas cosas.

Entre ellas, a volar.

Recordó su amargura cuando le comunicaron que no podía ya tripular los raudos aviones de reacción. Y total, pensó con cierto furor, por un fallo de sus nervios en un momento dado. Pero un cuerpo humano no es una máquina, ¿no es cierto? Bueno, no le escucharon... y no volvió a pilotar más aviones de guerra.

Al demonio. Estuvo a punto de abatirse moralmente. Se hubiera hundido si el destino no le hubiese colocado en el camino de Frankie Carella, cuando este estaba organizando su descabellada idea.

Una idea respaldada secretamente por el Secretario de Justicia.

Arrojó la punta del cigarrillo a la calle y retrocedió hacia el interior de la habitación. Había transcurrido un año desde entonces y la verdad era que no había tenido tiempo de aburrirse...

Sonrió al pensar en eso. ¡Aburrirse!

Consultó su reloj. Faltaban breves minutos solamente. Estuvo viendo la lenta marcha de las manecillas hasta que señalaron exactamente las ocho de la noche.

Entonces volvió a la terraza, pasó la pierna por encima de la separación de la terraza vecina y saltó al otro lado. Repitió la operación en la otra y se encontró en la habitación de Frankie Carella.

Comprobó que era el último en llegar.

Peter Brett taba sentado en una confortable butaca, fumando y con su eterno aire aburrido.

Lin Burke, nervioso como de costumbre, se paseaba de un lado a otro a grandes zancadas. Al principio, todos se ponían nerviosos con los incesantes paseos y movimientos de Lin, pero con el tiempo se habían acostumbrado a ello y ya apenas si lo notaban.

—Hola, Johnny —dijo Carella, desde el diván en que estaba recostado.

Rugolo sonrió. Sentía una especial debilidad por aquel hombre.

—¿Qué tal Frankie, muchachos?

Buscó un asiento y dejóse caer en él.

Carella se levantó a su vez. Lin Burke cesó en sus paseos y fue a colocarse detrás, de la butaca que ocupaba Brett. Sus ojos quedaron fijos en el hombre que erguía sus seis pies y dos pulgadas de estatura ante ellos.

Una vez más, pensó en la agradable apariencia de Frankie, en lo mucho que engañaban aquellos ojos grises de mirar inocente y audaz a un tiempo.

Carella aplastó su medio cigarrillo en un cenicero y luego habló calmamente, como era su costumbre. Pero su voz tenía un matiz de autoridad innata que infundía seguridad.

—No tenemos mucho tiempo para cambiar impresiones —dijo—. El carnaval empezará mañana y cuando se haya desencadenado esa especie de locura colectiva no habrá modo de trabajar, así que veamos qué ha hecho cada uno de nosotros. Empieza tú, Peter.

Brett se enderezó un poco en su butaca.

—No puedo decirte mucho, excepto certificar que es cierto lo del cura. Un trabajador del muelle de Marajó, en la Amazonia, fue asesinado de una cuchillada. Antes de morir pronunció unas palabras incomprensibles para el sacerdote... *Seaseal*, y *piedras blancas*, o *rocas blancas*. Sería preciso ir a ese condenado lugar para aclarar algo más.

—Okey, Peter; ya que has empezado por ese lado, tú irás a Marajó.

Brett se levantó de un brinco.

—¿Hablas en serio?

—Jamás en mi vida he hablado tan serio como ahora, muchachos.

Reinó un instante de silencio. Después, Peter dijo con una sonrisa burlona:

—Por las referencias que tengo de ese lugar, Frank, no me haces ningún favor con el encarguito. Aquello es una sucursal del infierno...

—Tú tienes influencia con el diablo. Además, estás acostumbrado a los trópicos... ¿no es cierto?

—Sí, ya sé. Me pregunto por qué alguna vez se me ocurriría meterme en las selvas de Java... Bien, de acuerdo.

—¿Lin?

La interrogación tuvo la virtud de devolver el movimiento a Burke.

—He tratado de meter la nariz en los informes de la policía. La muchacha fue asesinada sin la menor duda, arrojada desde la terraza de su piso a la calle. Es del dominio público que vivía a costa de los hombres de mar... Capitanes, primeros oficiales y tipos así.

—¿Y bien?

—Uno de los que creía ser su único amor era el capitán Jorgensen, del *Seaseal*. Según he podido averiguar, la táctica de la chica consistía en cazar a un oficial, embaucarlo y sacarle los cuartos haciéndole creer que solo le amaba a él y que le era absolutamente fiel.

—Y debía ser un sistema endiabladamente bueno para que pudiera vivir con tanto lujo. Bien, ¿algo más, Lin?

—Tenía una hermana.

—¿Qué?

—La Turner. Su hermana está empleada en alguna firma de exportación, aquí, en Río. Es todo cuanto he podido saber.

—Muy bien, sigue por ese lado. Encuéntrala.

—De acuerdo.

—Ahora me toca a mí —rio Johnny Rugolo, quitándose el cigarrillo de los labios.

Carella le miró. Sonrió a su vez. Le divertía la astuta mirada de Rugolo, y su manera de enfocar los asuntos. No lograba comprender muy bien a aquel hombre de carácter abierto, a veces amargado, otras eufórico, pero siempre terriblemente efectivo con un arma en la mano. Era capaz de enfrentarse a la muerte sin parpadear y, como ya le había ocurrido otras veces, pensó que no le gustaría tenerlo como enemigo.

—Todo lo que he podido saber de Goldberg —prosiguió Rugolo con su voz calmosa—, es que llevaba más de un mes en Río cuando fue muerto por los tres hampones. Los tres eran brasileños, ladrones y asaltantes fichados por la policía. Pero nadie sabe para quién trabajaban cuando atacaron al federal.

—¿Y el que fue llevado al hospital, Johnny?

—Murió aquella misma noche, al amanecer. Ese Goldberg debía ser una lumbrera disparando... Bueno, la policía trató de interrogar al herido, pero no consiguieron sacarle nada. Lo único que dijo, y de eso no están muy seguros, es algo parecido, a *Flores*.

—¿Flores?

—No pudieron entenderlo muy bien, estaba ya agonizando. Pero lo repitió muchas veces, en todos los tonos.

—¿Crees que dijo eso refiriéndose precisamente a flores de un jardín, o querría pronunciar el apellido de alguien llamado así?

—No he podido saberlo. Tampoco la policía sacó nada en limpio. Hay millares de personas con ese nombre, es muy común en los países sudamericanos.

—Sí, ya sé... Es preciso averiguar qué había estado haciendo Goldberg inmediatamente antes de que lo mataran —refunfuñó Carella.

—¿No lo saben en Washington?

—No. El último informe recibido de él era negativo. No había avanzado nada todavía, lo cual da a entender que lo que fuere que descubrió debió encontrarlo inmediatamente antes de su muerte.

—¿Sabes si han mandado a otros federales desde entonces?

—Seguro. Una pareja, de la Oficina Central. También la C. I. A. ha enviado a uno de sus hombres...

—Vamos a reunirnos demasiada gente aquí —opinó Burke, preocupado. Carella sonrió.

—Nosotros «no estamos aquí» —dijo con sorna—. Tanto los federales como la C. I. A. han debido informar a la Embajada. Nosotros no.

—Ya veo.

—En cierto modo, nos conviene que hayan venido. Esa gentuza, sea quien sea, puede averiguar que hay agentes investigando. Los identificarán por esos contactos oficiales. Pero no podrán saber que además de ellos, cuatro turistas con ganas de divertirse, están también siguiéndoles los pasos. Esta es nuestra ventaja; no depender de nadie, no tener que dar

cuenta a nadie en Brasil de nuestras andanzas. ¿Está claro?

Asintieron. Era su manera de operar. No informar más que a la Secretaría de Justicia, una vez terminada la misión.

Eso tenía muchas ventajas.

Y muchos inconvenientes también, naturalmente, ya que no podían recurrir a la ayuda de nadie en caso de apuro. No sería la primera vez que daban con sus huesos en la cárcel de un país extranjero.

Carella dijo:

—Sabemos que Goldberg deambuló frecuentemente por el puerto. Yo me encargaré de ese aspecto del asunto. Cada uno de vosotros seguirá con lo que empezó. Tu, Brett, saldrás para la Amazona inmediatamente y...

—Y me perderé el carnaval. ¿Sabes aquello de bailar con la más fea, Frankie?

Este esbozó una sonrisa.

—Lin, quiero saber dónde está la hermana de Flo Turner antes que empiece las fiestas. Cuando lo sepas, yo me encargaré de ella y tú seguirás con los muelles. Y no es preciso recordaros que han sido asesinados hombres y mujeres en varias partes del mundo a raíz de este asunto. ¿Entendido?

—Seguro. No resultaría nada divertido que se redujera nuestro grupo —opinó Johnny, levantándose—. ¿No tienes una botella a mano por casualidad, Frankie? Esta es tu habitación después de todo.

—Al demonio contigo. Hay siete mil bares en Río.

—Está bien, está bien, los recorreré por mi cuenta.

Al quedar solo, Frankie Carella se dio una ducha, vistióse con ropas frescas y, tras comprobar su carga, introdujo la enorme *Magnum 389* bajo la camisa, sujetándola al cinturón.

Era una manera un tanto anacrónica de empezar el carnaval.

CAPÍTULO IV

JULIE

Había un encanto especial en aquella mujer, algo que parecía burbujear en el fondo de sus ojos negros, como una llama o un incendio. Sus suaves cabellos eran también negros; su tez bronceada por el sol de las playas era tersa y tenía la finura de la fruta madura.

Su nariz recta y bien formada le daba cierto aspecto aristocrático, que desmentía a su vez los labios gordezuelos y sensuales, de un color rojo pálido, húmedos y suaves, que parecían reflejar el brillo de sus dientes iguales como perlas.

—Pase usted, señor Carella —murmuró, tras un ligero titubeo.

Frankie Carella entró en el coquetón apartamento de la muchacha. Miró a su alrededor, un tanto confuso. Sabía que su presentación no era la más adecuada, pero la índole de su trabajo le obligaba muchas veces a parecer descortés.

Ella cerró la puerta y le precedió hasta una salita donde el deslumbrante resplandor del sol de la mañana ponía tintes de oro a las cortinas de vivos colores.

La contempló, admirando la grácil sinuosidad de su cuerpo, sus largas piernas exquisitamente formadas, la ampulosa forma de las caderas.

—Siéntese.

Lo hizo y ella acercó una silla y se colocó frente a su visitante.

—Tal vez mi presencia le resulte molesta —dijo Carella—. Temo que realmente sea así, por cuanto no puedo explicarle muy bien a qué se debe. Pero es preciso que le haga unas preguntas, si no tiene inconveniente.

—Usted no es brasileño, por lo tanto no puede ser policía, ¿no es verdad?

—Efectivamente. Soy compatriota de usted.

—Pero se trata de Flo, ¿o no?

—De su hermana precisamente, de Flo Turner.

Una sombra pasó por el rostro hermoso de la muchacha. Sus ojos se velaron por un instante.

—La policía me notificó su muerte. Me hicieron muchas preguntas y no

puede ayudarles en nada. ¿Qué interés es el suyo, señor Carella?

—En cierto modo, el mismo que el de la policía de Río... aunque por otros motivos. Todo lo que puedo decirle es que necesito encontrar al asesino de su hermana. Y pronto.

—¿Por qué?

—Hemos llegado ya al punto que no puedo satisfacer su curiosidad. Deberá confiar en mí solo por lo que he dicho hasta ahora.

—Que es bien poco. No me satisface, señor Carella. No sé quién es usted, qué hace ni lo que busca exactamente. También me pregunto cómo ha dado conmigo... no creo ser tan popular en la ciudad como para que cualquiera haya podido orientarle.

—Realmente, ha sido difícil encontrarla. Uno de mis hombres ha trabajado de firme la mayor parte de la noche para facilitarme las señas de usted.

—¿Uno de sus hombres? —se extrañó ella.

—En efecto; no estoy solo aquí.

—Pero, ¿por qué todo esto? Flo... Ella eligió un camino torcido. Acabó desastrosamente, todos lo sabemos. Pero no era tan impórtate como para atraer la atención de la policía americana... Porque usted es policía, ¿verdad? De Estados Unidos...

—No.

Ella no pudo evitar un respingo.

—Yo creía...

—Lamento haberla causado sea impresión. No soy policía, ni agente federal. Pero su hermana, para nosotros, se ha convertido en algo de una importancia incalculable a raíz de su muerte. ¿No sabe usted de ella, de sus amistades, de su manera de vivir, de sus... este... ¿mantés?

—Nada.

Su voz había adquirido un tono helado de repente.

Carelia no se desanimó.

—Usted es una mujer inteligente, Julie. Lo sé. Sé mucho más de usted de lo que sospecha. Permítame creerla tan comprensiva como para confiar en mí, ¿quiere? Puedo darle toda clase de seguridades de que lo que estamos haciendo es por una buena causa.

—Las causas son buenas o malas según los beneficios que den a cada uno.

Sus ojos se fijaron en el rostro curtido del hombre, lo recorrieron, escrutándole, como queriendo penetrar en lo más profundo de su mente. Se detuvieron en la cálida mirada de las grises pupilas, después se desviaron, resbalando por los poderosos hombros cubiertos por una camisa tropical...

—Pregunte —murmuró, como dándose por vencida.

Él suspiró.

—Sabemos que uno de los hombres que más asiduamente visitaba a su hermana, cuando su barco tocaba en este puerto, era Jorgensen, un capitán mercante... ¿qué sabe usted de él?

—Que su barco se hundió. Lo leí en una pequeña gaceta. Sabía que mantenía relaciones con mi hermana porque los encontré juntos una noche, en el *Tropicana*.

—¿Cuánto tiempo hace de ese encuentro?

—Un año, poco más o menos.

—Lo cual indica que las relaciones entre ellos databan de mucho tiempo... Háblame de Flo, ¿quiere? Necesito formarme una idea de su personalidad para saber exactamente dónde puedo encontrar lo que busco.

Tras una vacilación, Julie murmuró:

—Ella vino aquí hace seis años... Creí que trayéndola conmigo podría hacerle comprender la conveniencia de cambiar de modo de su ser. La manera como vivía en Nueva York era escandalosa, usted sabe... Bien, me equivoqué. Traerla fue peor. Aquí terminó de echar por la borda todas las inhibiciones y se lanzó a una vida de desenfreno. Sé que tuvo muchos amantes, que engañó a infinidad de hombres... ¿qué más quiere que le diga? Me avergüenzo de ella, pero era mi hermana.

—Comprendo. ¿Era apasionada?

—Sí.

—¿Calculadora?

—Como una máquina electrónica.

—Pero a pesar de ser calculadora, cerebral, era apasionada, ¿no es así?

—Exactamente. ¿A dónde quiere ir a parar?

—Tengo la impresión de que todos esos amores fraudulentos, esas conquistas de hombres que solucionaban su problema monetario, nunca dejó que interviniera su corazón, ni siquiera sus sentidos... ¿me equivoco?

—En absoluto. Ella se reía de todos esos hombres, a los que llamaba sus *fuentes de bienestar*.

—Sin embargo, era apasionada —insistió Carella.

—Sí, sí... ¿por qué insiste usted tanto en eso?

—Necesitaba una válvula de escape para su temperamento. Los caracteres como el de su hermana precisan de cierto afecto, no importa de qué clase, pero necesitan entregar su retenida pasión a alguien determinado, alguien que los finja un auténtico amor... aunque no lo sienta. ¿Entiende lo que quiere decir?

—Creo que sí... Angelino.

—¿Angelino? —pronunció Carella, sin comprender.

—Flo creía que él la amaba. La muy tonta no sabía ver que Angelina solo se dejaba amar, le sacaba el dinero y luego se reía de ella...

—La eterna historia — refunjió Carella—. ¿Qué más sabe de él?

—Casi nada. En realidad, solo lo vi una vez. Es uno de esos hombres

que consagran su vida a ellos mismos, que solo saben cuidar su apariencia y vivir a costa de las tontas como Flo...

—Describámelo.

—Bueno... es alto, aunque no tanto como usted, y más delgado. Tiene una gran soltura de movimientos. Su cabello es negro y rizado. Lleva un bigote muy fino, es casi imberbe... ojos negros... No sé qué más decirle. Se parece a uno de aquellos galanes del cine mudo... Una especie de John Gilbert más moderno.

—Comprendo. Eso bastará para reconocerlo si logro dar con él. ¿Sabe dónde vive?

—Todo lo que puedo decirle es que tenía una casa pequeña cerca de las colinas, en la rúa Favencia. Mi hermana decía que desde su casa se contemplaba paisaje de *favelas*, encaramadas en la montaña y rebosantes de chiquillos desnudos.

—Hay docenas de barrios de barracas —refunfuñó, Carella—, pero veré de guiarme por la rúa Favencia.

—¿Por qué tiene interés por Angelino, señor Carella? Él solo se dejaba amar por mi pobre hermana para sacarle el dinero.

—Pero ella confiaba en él, creía que la amaba de verdad, ¿no es así? Bien, quizá le confió cosas que ahora pueden servirme a mí.

—Comprendo... ¿Puede decirme ahora cuál es su verdadero interés por la muerte de Flo?

Frankie sacudió la cabeza con evidente pesar.

—Lo lamento profundamente, pero no me es posible. Tal vez, exponiéndome a violar secretos que no me pertenecen, pueda decirle que el asunto tiene ramificaciones internacionales.

—¡No es posible!

—¿Por qué no?

—Mi hermana no fue nadie tan importante...

—Pero sí lo fue uno de sus amigos... ¿Se le ocurre alguna otra cosa que pueda ayudarme a reconstruir el pasado de Flo?

—No. Podría hablarle de sus escapadas de jovencita, del desafecto de nuestro padrastro que la empujó a buscar consuelo fuera de casa, pero sería perder el tiempo. Ella no necesitaba ningún motivo para portarse mal. Yo también soporté incontables penurias muy duras en aquellos años, y no se me ocurrió lanzarme a una vida de depravación... No —suspiró amargamente—; no puedo decirle nada más de mi hermana.

Carella la miró largamente. Se sentía invadido por una profunda admiración hacia aquella hermosa mujer, pero sabía muy bien que esa clase de sentimientos le estaban vedados.

—Ha sido usted muy amable, Julie —murmuró, levantándose. Si se me ocurre más volveré a visitarla si no tiene inconveniente.

—Vuelva cuando guste...

Él llegó a la puerta. Solo entonces ella reaccionó y fue a reunírsele.

—Escuche —murmuró—. Hoy ha empezado el carnaval. Durante unos días no se trabaja aquí... Estoy libre. Me encontrará, en casa, si precisa hablar conmigo.

—Gracias, lo recordaré. ¿No piensa usted salir?

—No... Hace tan poco tiempo que murió mi hermana que... Bueno, me quedaré en casa. He acumulado provisiones en la nevera y me contentaré con escuchar el estruendo desde aquí. Otros años...

No terminó la frase. Carella desvió la mirada, abrió la puerta y se marchó, turbado a su pesar.

Ella cerró despacio. Tardó más de un minuto en separarse de la puerta. Una profunda arruga había aparecido en su frente tersa y suave.

CAPÍTULO V

LA AGUJA EN UN PAJAR

Al salir a la calle, Carella se encontró sumergido en el delirio del bullicio carnavalesco. Las calles eran una riada humana cantando, aullando, gritando y tocando toda clase de instrumentos, desde una trompeta a un saxofón, desde una guitarra a una olla colgada del cuello y sacudida con un martillo...

Pero, sobre todo, gritando.

Con cierta alarma, el jefe de *Los Justicieros* pensó que todo aquello se parecía a un manicomio sin puertas, y en que solo había empezado el jolgorio. Sábado de Carnaval. Solo una pequeña parte de los tres millones de cariocas se habían lanzado a la calle. Los demás observaban sonriendo y preparaban su propia aparición en el estallido de la próxima noche.

A aquellas horas del día todavía era posible distinguir individualidades en medio del gentío. A la noche no. En la noche, las *Escolas de Samba* saldrían invadiéndolo todo, y grupos inmensos perfectamente conjuntados lanzarían al mundo sus ritmos trepidantes, enloquecedores, y la masa humana se juntaría como incontenible marea que haría estremecer hasta los cimientos de Río...

Pero, en aquellos momentos, todavía había quien llamase la atención, como aquel caballero vestido correctamente, con apariencias de banquero o algo parecido, que sosteniendo un orinal lleno de chocolate, mojaba en él unos largos bizcochos y los ofrecía a los demás con rostro impasible.

O aquel otro, con sus buenos sesenta años a cuestas, ocupado en rociar a todo el que se cruzaba en su camino con una nube de polvos de talco que ponía perdidos sus vestidos. Y nadie se enfadaba, todo el mundo reía...

Excepto Frankie Carella.

Él no tenía motivos para reír, porque si sus sospechas resultaban ciertas resultaría que, en alguna parte, en algún rincón del mundo, una mente satánica estaba laborando secretamente para destruir a la humanidad.

Por un instante, imaginó a toda aquella multitud desenfrenada enfrentándose con una destrucción nuclear...

Se estremeció. Buscó la calle menos alborotada, cazó un taxi al vuelo y

le dio la dirección de la rúa Favencia.

No era una calle muy larga, pero sí empinada y retorcida en la falda de un cerro. Pudo comprobar que, en la colina, centenares de *favelas*, las miserables barracas que cercan a millares Río de Janeiro, se encaramaban hacia arriba, como buscando la cumbre.

Pagó el taxi y permaneció unos instantes indeciso. Dominaba bien el portugués, pero su acento le delataba como extranjero. Sabía que despertaría suspicacias y comentarios, pero era preciso seguir adelante a costa de lo que fuera. Era su única pista...

Empezó por un extremo y fue subiendo casa por casa, a todo lo largo de la acera izquierda. Afortunadamente, había multitud de pequeñas tiendas en las que era más fácil preguntar.

Pero nadie conocía a Angelo.

Llegó al final de la calle, la atravesó y se dispuso a recorrerla a la inversa, por la otra acera.

La primera tienda era una frutería. La mercancía estaba expuesta sobre sucias esteras. Una mujer gruesa, sentada en un rincón, se abanicaba con una hoja de palma mientras el sudor se escurría por su cuello desapareciendo por el abismo de su escote.

—¿Angelo? —jadeó tras escucharle—. ¿Para qué lo quiere usted?

Carella contuvo una exclamación de entusiasmo.

—¿Conoce usted a Angelo? —exclamó.

—Sí.

—¿Dónde vive?

—Vivía aquí.

—¿Aquí?

—En el piso. Tenemos un piso arriba. Él lo ocupaba hasta que se marchó.

—¿Cuándo?

—No sé... hace dos semanas... tres tal vez. No sé. Desapareció. No pagó el alquiler. Puerco.

No había apasionamiento en su voz. Hablaba pacíficamente, tal vez para no acalorarse más. Su abundante grasa debía ser un freno a todo exceso.

—¿Quiere usted decir que se fue sin despedirse? —insistió Carella.

—No dijo adiós. No dijo nada. Desapareció y no pagó el alquiler que me debía. Puerco —repitió monótonamente.

—¿Recibía muchas visitas aquí?

—¿Angelo? —la hoja de palma aumentó su ritmo—. ¿Visitas?

—Mujeres quiero decir. U hombres tal vez, no sé.

—Alguna mujer, pocas. Algún hombre. Muy de tarde en tarde.

—¿Qué clase de mujeres?

—Malas.

—Ya veo. ¿Alguna que le visitaba con más frecuencia que las demás?

Los ojillos de la mujer se entrecerraron.

—Una —murmuró pensativa—. A él no le gustaba que viniera. Pero ella venía. Una estúpida. Le sacaba los cuartos. Como a las demás, claro.

—¿Y hombres?

—De vez en cuando. A veces discutían. Se oían los gritos desde el patio. Tenemos un patio atrás, ¿sabe?

—¿Qué clase de hombres?

—No sé. Solo hombres.

—¿Extranjeros?

La hoja de palma se inmovilizó. Carella relajo los nervios. El incesante movimiento estaba poniéndole nervioso.

—Uno sí... me parece. Hablaba como usted...

—¿Sabe usted su nombre?

—No.

—¿Discutía también con ese?

—No, cuando él venía nunca se oían gritos.

—¿Conoce el nombre de cualquier persona que le visitara? Hombre o mujer, no importa.

—¿Cómo podía conocerlo? No preguntaban por él. Entraban por la escalera, subían... No preguntaban nada.

Frankie Carella pensó rápidamente y luego preguntó:

—¿Se llevó equipaje cuando se fue?

—No dejó nada —dijo la mujer con rencor—. Nada de nada. El piso quedó limpio.

—¿Quién podría decirme algo más de Angelo? Alguien que lo hubiera conocido mejor que usted...

La hoja de palma reanudó su movimiento, cada vez más vivo, más rápido. El aire llegaba hasta Carella. Hacía calor bochornoso allí dentro, pero le molestó aquello porque le traía agrios efluvios de sudor.

—No sé nada —replicó la mujer—. ¿Qué gano con escucharle a usted? Nada. No compra fruta, no compra nada.

Frankie entendió. Echó mano al bolsillo y sacó un puñado de billetes. Al verlos, los astutos ojos de la gorda relucieron.

Separó un par de ellos y los dejó sobre el montón de fruta que había al lado de la silla. La zarpa gordezuela y sucia los cazó apenas depositados.

—¡Marta!

El grito sobresaltó a Carella, que miró a su alrededor sin ver a nadie.

Del interior de la casa, una voz seca respondió:

—¿Qué quieres? Estoy bañándome.

—¡Sal!

—¡Te digo que estoy bañándome!

La gorda sacudió la cabeza. Aparte del vaivén de la mano, era el primer

movimiento que hacía.

—Esa maldita chica respondona... Entre y pregúntele. Ella sabe más que yo.

—¿Quién?

—Marta. Mi sobrina. Entre.

—Pero... Bueno, ella dice que está bañándose.

—¿Y qué importa? Usted quiere saber. Ella puede responder.

Tras un titubeo, Carella levantó la sucia cortina y se internó en una atmósfera calurosa poblada de agrios olores. Se le antojó que entraba en un horno encendido.

Se detuvo junto a una puerta abierta. Escuchó. El ruido del agua le llegó de alguna parte, más allá de la puerta. Se le antojó una situación absurda. Avanzó, guiándose por el mido.

Al otro lado de la habitación, una cortina de cuentas de vidrio se interponía entre él y un pequeño patio rebosante de flores polvorientas. El rumor del agua llegaba del patio, así que apartó la cortina y salió al sol.

En el rincón más alejado había una especie de cercado confeccionado con gruesas cañas de bambú o algo semejante. Por encima de las cañas asomaba una cabeza coronada por una mata de revueltos cabellos negros.

Carella carraspeó.

—¿Marta? —indagó, violento.

La cabeza se inmovilizó. La muchacha debió empinarse sobre las puntas de los pies, porque su cara morena asomó y miró al intruso con ojos como carbunclos.

—¿Qué demonios hace aquí, fisgón? ¡Fuera!

—Su tía me ha dicho que entrase. Necesito hablarle.

—¡Esa gorda vieja...!

El agua cesó de chorrear. En el silencio que siguió, Frankie pudo escuchar el lejano griterío de las calles del pie de la colina.

—Vuélvase de espaldas —ordenó ella.

Lo hizo. Oyó un ruido a sus espaldas.

—Puede volverse.

Se había colocado una toalla alrededor de su cuerpo, pero esta resultaba demasiado pequeña para sus exuberantes formas. Era una mestiza extraordinariamente bonita, de ojos descarados y nariz chatilla.

Carella trató de no mirarla con demasiado insistencia. La toalla solo la cubría desde el nacimiento de los senos hasta la mitad de los muslos.

—Quiero saber el nombre de la gente que visitaba a Angelo.

Ella respingó.

—¿Y viene a preguntármelo a mí?

—Su tía dice que usted sabe mucho de él.

—Mi tía tiene la lengua demasiado suelta...

—¿Lo sabe o no?

Ella se le acercó, contoneándose. Sus ojos le miraban especulativamente.

—¿Cree usted que soy bonita, extranjero?

—Bueno, yo... este... creo que es más que bonita.

—¿Lo dice de veras?

—Seguro.

Su rostro se crispó.

—¡Pues el muy estúpido nunca me hizo caso! —estalló.

—¿Angelo?

—¿Quién si no?

—Comprendo.

—Yo no era bastante buena para él —masculló.

—Debía ser un perfecto sinvergüenza —comentó.

—¿Por qué?

Estupefacto, no acertó a replicar, de manera que ella habló de nuevo.

—¿Por qué quiere saber cosas— de él?

—Necesito encontrarle. Es un asunto muy importante. ¿Tenía algún negocio?

—¿Angelo un negocio? No.

—¿Puede decirme el nombre de esas chicas que se entrevistaban con Angelo, sí o no?

—Solo el de un par de ellas. ¿Le ha sacado dinero mi tía?

—Un poco.

—Claro, era lógico...

—Le daré un par de billetes a usted también, Marta.

—¿Solo por esos nombres?

—Tengo mucha prisa, muchacha. ¿Qué nombres son esos?

—Una se llama Flo. Una pegajosa. Angelo se ponía furioso cada vez que ella venía aquí. Otra... Marie... Mane Anders. Baila en un cabaret.

—¿En cuál?

—Creo que el *Flore*.

Carella ya no la escuchaba. *Flore*... Un cabaret llamado así. Y el pistolero moribundo había pronunciado un nombre semejante en su agonía, en el hospital...

—¿Eso es todo lo que quería?

Volvió a la realidad.

—Creo que sí.

Le dio un par de billetes sin fijarse mucho en la cantidad. Ella se le aproximó más.

—Si espera un poco, yo...

Giró sobre los talones y buscó la salida con verdadera ansiedad.

Cuando salió a la calle el sudor resbalaba por su espalda como un río desbordado.

CAPÍTULO VI

PRIMER ZARPAZO

Buscar a la gente empleada en un cabaret a la una del mediodía es pecar de optimista. Carella sabía eso, pero la urgencia del caso le hizo desperdiciar más de una hora en la inútil tarea.

Descorazonado, dirigióse al hotel *Comodoro* con la esperanza de que hubiera noticias de los demás. No encontró nada. Ninguno de ellos estaba en su habitación.

Pensó en Peter Brett, que estaría camino del infierno verde de la Amazona. Recordó las historias leídas sobre los salvajes reductores de cabezas y, absurdamente, se imaginó la cabeza de Brett convertida al tamaño de un huevo. Sintió tentaciones de reír.

Cambió la sudada camisa por otra limpia. De manera instintiva, acarició la negra culata de su «*Magnum*» antes de ocultarla con la camisa. Volvió a la calle, al bullicio delirante del carnaval que lo invadía todo.

Y aquello tenía que durar tres días, reflexionó lamentándose.

Anduvo por la acera en busca de un restaurante donde comer. Multitud de máscaras le adelantaban, empujándole, apartándolo a un lado o agarrándolo, para obligarle a girar con ellos. Muchachas semidesnudas, hombres con precarios atuendos, todos saltando, todos riendo, cantando y aullando como posesos. La algarabía acabó aturdiéndolo.

Después de comer, volvió al cabaret *Flore*, situado en una calleja no muy lejos de la avenida Rio Branco.

Frente a la entrada del cabaret había un bar de viejo aspecto. Se cruzó con grupos de máscaras que se empeñaban en alborotar en una calleja en la que apenas podían pasar de tres en fondo y entró al establecimiento. Pidió un *whisky*. El mozo era un negro corpulento, de rostro de niño y dientes grandes y muy blancos.

—Busco a alguien del *Flore* —dijo Carella—. No importa quién, alguien que trabaje ahí.

El negro le miró y no dijo nada. Solo le enseñó los dientes en una gran sonrisa.

Carella depositó un billete sobre el mostrador. El mozo lo tomó y sin

vacilar se lo metió en el bolsillo.

—¿Le sirve el portero? —preguntó entonces.

—Sí.

—Se llama Tomás. Lo encontrará en su casa.

—¿Y dónde está su casa?

El negro levantó la mano, se rascó el ensortijado cabello y explicó con grandes ademanes:

—Vive en la nía Oporto. Su casa es el número siete.

Carella bebió el *whisky*, lo pagó y salió con la esperanza de encontrar un taxi. Perdió el tiempo. Los pocos que circulaban iban abarrotados. Además, la circulación resultaba imposible a causa de la apretujada multitud que lo invadía todo.

De manera que, orientándose por las indicaciones de las personas a las que preguntaba, anduvo casi una hora hasta localizar la calle que buscaba.

Allí se encontró en plenos preparativos de una *Samba* colectiva. La gente parecía haberse vuelto loca. Repasaban sus trajes de máscara, ensayaban los músicos las sensuales *sambas*, las alegres *marchinhas*, y quien más quien menos estaban todos absorbidos por tan importante tarea.

En el número siete no encontró a nadie. Intentó preguntar por el tal Tomás, pero nadie supo darle razón.

Oscurecía cuando se dio por vencido. Buscó un bar más o menos tranquilo, dejóse caer en una silla y pidió un *whisky* con hielo para reponer fuerzas. Sentíase agotado, de un humor de perros y desalentado. Lo único que le faltaba era el condenado carnaval.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, sumido en amargas reflexiones. Sólo cuando advirtió la oscuridad del exterior se levantó de un salto y encerróse en la cabina telefónica para llamar al hotel.

Johnny Rugolo fue el único con el que pudo comunicar.

—No sé nada de Lin —refunfuñó Rugolo—. Brett se marchó y yo he andado dando tumbos de un lado a otro. Te aseguro que tengo la cabeza a punto de estallar con ese maldito escándalo...

—Al grano, Johnny.

—He hecho amistad con un policía, Frankie. Es un buen chico... muy comunicativo.

—¿Y qué?

—Parece que a un inspector le llamó la atención lo que dijo el herido en el hospital. Creyó que podía tratarse de un cabaret llamado *Flore*.

El corazón de Carella dio un vuelco. De manera, se dijo, que la policía de Río había hecho el trabajo después de todo.

—Sigue —instó a su compañero.

—Bueno, parece ser que fueron allí. Lo registraron, interrogaron al personal y al propietario sobre el pistolero muerto. No sacaron nada en claro. Todo estaba en orden en el garito.

—¿Quién es el propietario, Johnny?

—Se llama Luis Dandrade. Mi amigo policía no sabía mucho de él.

—Ese amigo tuyo, ¿te ha hablado por casualidad de una mujer que responde al nombre de Marie Anders?

—No. ¿Quién es ella?

—Una bailarina del *Flore*.

—De manera que ya estás sobre esa pista, ¿eh? Me pregunto qué estoy haciendo yo entonces...

—Sigue con lo empezado. Reúne tanta información sobre el *Flore* como te sea posible. Especialmente, trata de establecer un nexo de unión entre ese cabaret y el capitán Jorgensen, o entre el *Flore* y el federal asesinado. ¿Comprendido?

—Okey, Frankie. Buena suerte.

Colgó. Pensó que la policía no había profundizado lo suficiente en aquella faceta del caso. Quizá porque desconocían la existencia de Angelo y su «industria», y su relación simultánea con Flo Turner y Marie Anders...

Abandonó el bar y reanudó su búsqueda de Tomás. Al fin pudo dar con él en su casa. El hombre no pasaba de los cuarenta años, era delgado y muy moreno. Unos ojos pequeños y brillantes en una cara chupada y ojerosa eran sus rasgos más notables.

—¿Por qué quiere encontrar a Marie? Ella no le hará el menor caso.

Tal aseveración no amilanó a Carella, ya demasiado impaciente por el tiempo desperdiciado aquella tarde.

—Eso déjelo de mi cuenta —dijo—. ¿Dónde está?

El hombre permaneció mudo.

Con un suspiro, Carella utilizó nuevamente el internacional medio de persuasión llamado dinero.

—Tiene un apartamento en el hotel *Real*, detrás del *Flore*. Pero pierde su tiempo, amigo. Ella tiene la plaza ocupada.

—¿Por quién?

—Otro *yanqui*.

—Yo creí que su amor era Angeló.

Tal como imaginaba, el nombre no era desconocido por aquel tipo. Lo vio palidecer y apretar los labios.

—No sé quién es Angelo.

—Usted lo sabe. Necesito encontrarlo también. Habrá más dinero si me ayuda.

—Lo siento...

—Cinco dólares americanos —insistió.

Vio el brillo de los ojillos, cargados de codicia. No obstante, el hombre sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No sé nada. No sé quién es Angelo —repitió machaconamente, con voz sorda.

El hombre siguió negando con enérgicos movimientos de cabeza. Carella comprendió que no le sacaría nada más. Le temía a Angelo sin duda, para despreciar cinco dólares con tanta terquedad. Más, antes de darse por vencido, todavía insistió:

—Diez dólares, Tomás.

—¿Diez dólares americanos?

—Por supuesto.

El tipo suspiró.

—No sé nada —dijo con voz plañidera—. Lo que me pierdo, amigo... pero no sé nada de Angelo.

—Está bien. Tal vez tenga más dinero para usted en otra ocasión.

Se sumergió en el remolino de gente. Se vio obligado a danzar unos minutos con un grupo que le envolvió en su torbellino. Luego, pudo librarse y, buscando las calles menos alborotadas, anduvo apresuradamente en busca del hotel *Real*.

Cruzó por delante del *Flore*. La callejuela seguía cada vez más compacta de gente que se empujaba, arremolinándose, como si no hubieran más calles en todo Río de Janeiro.

Como contraste, la que buscaba, y donde estaba el hotel, apenas si mostraba movimiento alguno. Bien es verdad que era una callejuela sin salida, cortada por la alta pared de un almacén oscuro y sin ventanas.

La puerta del hotel *Real* tenía una brillante iluminación. El vestíbulo era estrecho, pero limpio y poblado de confortables butacones, vacíos según pudo comprobar cuando entró.

El uniformado conserje le miró sin mucho interés.

—Busco a Marie Anders —dijo Carella afectando indiferencia.

—Habitación veintidós. Pero se le han anticipado, señor.

—¿A qué se refiere?

—Supongo que quiere llevarla con usted a la fiesta... Acaban de llegar otros dos caballeros a buscarla.

Carella arrugó el entrecejo.

—¿Han salido ya?

—Todavía no. Hace solo unos minutos que llegaron. Y ya sabe cómo son las chicas... necesitan tiempo para ponerse presentables.

Reflexionó rápidamente. Tomó una decisión sobre la marcha.

—Subiré de todos modos —dijo—. Quizá tenga una oportunidad todavía...

—Bueno. Pero nada de escándalos, ¿sabe?

—Por supuesto que no.

Desdeñando el ascensor, Carella echó escaleras arriba. La habitación veintidós estaba en el segundo piso. Cuando se disponía a llamar oyó pasos que se acercaban por el otro lado de la puerta. Tras mirar a su alrededor, retrocedió apresuradamente con ánimo de alcanzar el recodo más oscuro

que había al final del pasillo.

Antes que pudiera llegar a él, la puerta se abrió y aparecieron dos hombres. Eran corpulentos, grandes, y vestían ropas claras y frescas. Carella vio cómo uno de ellos, antes de continuar adelante, miraba en todas direcciones precavidamente, hasta que le descubrió.

Los vio conferenciar en voz baja, mirándole de vez en cuando. No le gustó su actitud y avanzó hacia ellos.

Todo sucedió en cuestión de segundos. A pesar de estar entrenado, preparado hasta la saciedad para situaciones como aquella, estuvieron a punto de sorprenderle.

Uno de los desconocidos dio un paso al frente. Carella, no supo jamás cómo apareció el revólver en aquella mano.

Sacó la *Magnum* con la velocidad del relámpago.

—¡No se muevan! —gritó, con la esperanza de desconcertarles.

No le hicieron caso. El revólver llameó con terrible estruendo en el instante que Carella se arrojaba al suelo. La bala zumbó por encima de su cabeza.

Disparó a su vez. La *Magnum* 389 rugió su cántico de muerte una y otra vez, implacable, y el hombre del revolver saltó empujado por los enormes proyectiles.

Estaba rebotando contra la pared cuando el otro abrió fuego, al tiempo que retrocedía pegado a la pared. Carella sintió el paso de una bala tan cerca de la mejilla que creyó que se la había chamuscarlo. Rodó como un tronco de un lado a otro, esquivando los balazos, sordo por el estrépito de las armas.

Cuando chocó con la pared se inmovilizó un fugaz instante, suficiente para situar a su enemigo y reanudar el mortífero trabajo de su automática. Los roncós bramidos del arma retumbaron de manera espantosa por encima de los más secos del revólver.

Vio al pistolero pegar un salto en el aire, una cabriola inverosímil, desplomándose después con una sucesión de aullidos escalofrantes.

Le había hundido los grandes plomos en el estómago y el hombre se retorció en el suelo como una serpiente.

Pero no había soltado el revólver. Su mano izquierda se engarfiaba sobre las heridas, ensuciándose de sangre, tratando de contener la vida que se desbordaba en una roja fuente. No obstante, todavía encontró energías suficientes para levantar pesadamente el revólver y sus ojos vidriosos buscaron el objetivo.

Fríamente, Carella disparó el último cartucho. Una gran roseta oscura se abrió en la frente del pistolero y su cabeza semejó estallar, salpicando la pared hasta convertirla en un cuadro surrealista en rojos y grises nauseabundos.

Solo entonces se percató Carella del alboroto que reinaba dentro del

hotel. Nadie había aparecido todavía, pero los gritos se elevaban en todos los pisos mucho más violentos e histéricos que los del carnaval.

Aun a sabiendas de lo que iba a encontrar, entró en la habitación de Marie. Había una pequeña luz auxiliar encendida. Bajo la luz, cerca de una mesita, el cuerpo desnudo de la bailarina yacía de lado, como si durmiera sobre el fresco suelo.

Pero no dormía. Lo pregonaban las profundas señales de su garganta, los arañazos en su piel y la miraba desorbitada de sus ojos.

Retrocedió a saltos, guardándose la pistola. Todo el hotel estaba en conmoción, con las escaleras invadidas de gentes curiosas y asustadas. Se mezcló con ellas, descendiendo.

Cuando salió a la calle pudo ver cómo la policía invadía el edificio con rápida eficiencia. Entonces se alejó a buen paso diciéndose que, al fin, habían comenzado las hostilidades.

CAPÍTULO VII

MAS DIFICULTADES

Johnny Rugolo escapó del tremendo bullicio de la avenida Presidente Vargas, se adentró por las calles más tranquilas que pudo hallar y, andando apresuradamente, dirigió sus pasos hacia el puerto. Por el camino, aplacó su sempiterna sed entrando en dos o tres bares que le salieron al paso. Después de esas escalas de su recorrido se sintió mucho mejor, más reconfortado. Incluso le pareció que el dato que poseía aumentaba de valor.

Llevaba horas andando de un lado a otro, haciendo preguntas, sobornando a quién creía que podía proporcionarle un indicio, hasta que al fin creyó haberlo logrado.

En el puerto, la algarabía del carnaval se extendía también, aunque con la multitud menos compacta que en el centro. La alegría era quizá más chillona, más violenta a causa de que los marineros de los buques anclados se mezclaban en el jolgorio armados de botellas de licor procedentes de todos los puertos donde habían tocado antes.

En compensación, entre aquellas gentes Johnny desentonaba menos con sus pantalones blancos y su camisa floreada, suelta por encima de los pantalones. Se veían menos disfraces que en la ciudad, lo cual era un consuelo para él.

Trató de detener a varios individuos para preguntarles por la dirección que le interesaba. No consiguió más que empujones, risas y palabras incoherentes.

Fastidiado, dobló por una calleja y casi tropezó de manos a boca con una mujer ataviada con algo que quería ser una túnica romana. Johnny tuvo la sospecha de que debajo de la túnica solo llevaba la piel. Iba en un grupo vociferante, pero se había retrasado lo suficiente para que él pudiera acorralarla contra la pared sin demasiada amabilidad.

—Un momento, preciosa —barbotó entre el griterío.

Ella creyó que sus intenciones eran otras. Se echó a reír. También le echó los brazos al cuello.

—¡Eh, espera un momento, Cleopatra! —exclamó Johnny, apurado.

Ella se apretó fuertemente contra él. Su boca subió al encuentro de la suya y le besó con tanto entusiasmo como si se amaran desde tiempo inmemorial.

Cuando pudo desprenderse lo suficiente, Johnny jadeó:

—Busco la calle Sarmiento, tigresa... ¡La calle Sarmiento! ¿Entiendes?

—¡Pero me has encontrado a mí! ¿Yanqui?

—¿Tanto se me nota?

—Hueles a dólares. Tú acento es infame, pero me gusta. Bésame.

Luego...

Fue ella quien le besó de nuevo. Johnny se encontró tan inmovilizado como si hubiera sido apresado por un pulpo. Trató de desprenderse sin demasiada violencia pero no lo consiguió.

Ella apartó los labios cuando le faltó el aliento. Johnny tragó aire con dificultad.

—¿Dónde está la maldita calle Sarmiento? —vociferó para hacerse oír.

—La segunda a la izquierda. Pero no vas a ir allí. Vendrás conmigo...

Logró librarse del abrazo y casi sintió tentaciones de golpearla. Pero ella estaba riendo, tratando de capturarlo otra vez. Entonces la sujetó por los brazos, inclinó la cabeza y la besó larga y apretadamente. Luego gruñó:

—Solo para que no pienses mal de mí, tigresa...

La dejó, alejándose tan apresuradamente que más pareció una huida.

La calle Sarmiento estaba tan alborotada como las demás. Johnny se preguntó cómo demonios podían aguantar horas y horas aquel griterío, vociferando como locos, sin quedar mudos para el resto de sus días, o con los tímpanos reven Jos. Los suyos estaban a punto de estallar.

O tal vez fuera su cabeza la que amenazara con reventar bajo el impacto de la algarabía.

La casa era solo de dos pisos, con fachada encalada y un rótulo sobre la puerta pregonando que aquello era una pensión. Junto al letrero, la rueda de un timón sostenía en su eje un farol marino con una luz verde.

Entró. No había nadie a la vista. Un pequeño mostrador al fondo señalaba el lugar donde se suponía que debía haber estado el portero.

Se acercó allí y golpeó la madera con la mano plana. Una cortina que había al otro lado se levantó y apareció un hombre en mangas de camisa.

Era alto, de hombros descomunales y cara brutal, surcada por una cicatriz que corría desde su parietal izquierdo hasta la barbilla, dándole un aspecto siniestro.

—No hay habitaciones —gruñó el individuo—. Todo está ocupado.

—No busco habitación.

—¿No? Bueno, ¿qué quiere?

—¿Usted trabaja aquí?

—Qué diablos cree que estoy haciendo, ¿eh? ¡Claro que trabajo aquí!

—¿Estaba en este empleo hace un mes?

—Hace seis años. ¿A qué vienen tantas preguntas?

Johnny sonrió para apaciguarlo.

—Me han dicho que muchos marinos acostumbran a pasar aquí los días que su buque está anclado en el puerto. Les resulta más que someterse a los horarios de a bordo...

—No le han engañado.

Los ojos del enorme individuo resplandecieron, como si se sintiera feliz.

—Bien, quiero saber algo respecto a los tripulantes de cierto carguero que vienen de vez en cuando.

—¿Y espera que yo se lo diga?

—Estoy dispuesto a pagar sus informes.

—¿Quiénes son los que le interesan? Deme sus nombres. Veré si puedo ganarme su dinero, *yanqui*.

—No sé cómo se llamaban, pero eran marinos del *Seaseal*.

—Ajá; del *Seaseal*, ¿eh?

A Johnny le pareció advertir que su voz se volvía más tensa, casi amenazadora.

—Eso he dicho —insistió—. Ese barco se hundió en una tormenta.

—Alguien lo dijo por aquí... Y usted se interesa por sus tripulantes, ¿no es cierto?

—Sí.

El gigantón sacudió la cabeza.

—Tal vez pueda complacerle...

Empezó a salir del mostrador por un extremo, con los hombros caídos, un poco echados hacia delante. Cuando apareció en la parte exterior, Johnny pegó un salto atrás al ver el cuchillo que relampagueaba en su mano derecha. Una expresión de feroz alegría asomó a la cara brutal del matarife.

—Qué lástima que se interese usted por esa gente, *yanqui*... igual que el otro.

Rugolo apretó los dientes furiosamente. Siempre le ponía frenético ver un arma blanca esgrimida contra él.

El tipo avanzó despacio, seguro de su fuerza y habilidad. Sabía que el americano estaba acorralado y se disponía a gozar de la oportunidad.

Entretanto, la cortina se levantó y aparecieron otros dos tipos de parecida catadura. No llevaban armas. ¿Para qué las necesitaban si el gigante tenía acorralado al microbio?

—¡Dale lo suyo, Nogueira!

El matón no necesitaba estímulos. Pero quería hacerlo a su manera, despacio, para que la víctima no se le quedase entre las manos demasiado pronto.

Johnny, en unos segundos, captó todo el significado de aquella

encerrona. Se dio cuenta que la gente a la que buscaban tenían ramificaciones en todas partes. Supo también que el gigante, al referirse al «otro», quería significar al agente federal asesinado en una callejuela no muy lejos de allí...

Pero él tenía una ventaja sobre los federales. No debía dar cuentas a nadie, ni tenía traba alguna para disociar. En consecuencia, tan pronto notó la pared detrás de su espalda, su mano arremolinó el faldón de la floreada camisa y apareció armada con un tremendo *Wesley Scotch* 45. Con el mismo movimiento disparó.

El gigante llamado Nogueira acusó el impacto del proyectil con un traspíe. El estampido resonaba en el aire todavía cuando Rugolo oprimió el disparador por segunda vez, y hasta para un gigante fue excesiva aquella cantidad de plomo. Se desplomó de espaldas, empujado por la bala, y quedó en el suelo moviéndose espasmódicamente, muriendo y dejando escapar boqueadas de sangre.

Los otros dos intentaron retroceder cuando salieron de su estupor. Uno estuvo a punto de lograrlo justo cuando la bala le alcanzó en la base del cuello, pulverizándole la nuca y casi arrancándole la cabeza de cuajo. Desapareció detrás de la cortina con estrépito, mientras el tercero lograba extraer una automática y disparar precipitadamente una andanada contra el americano.

Johnny dejóse caer de rodillas, disparando furiosamente los últimos cartuchos. Sintió un golpe en la media, algo como si acabaran de cortarle con un cuchillo. No obstante, no fue un golpe violento.

Pero el pistolero cesó de disparar para llevarse ambas manos a la garganta, atravesada por una bala. Luego, empezó a doblarse lentamente, mientras un surtidor de sangre saltaba por entre sus dedos engaritados, y desús fauces desencajadas en busca de aire brotaban bocanadas de roja vida que se le iba a pasos de gigante...

Al fin, cayó y la cortina se agitó vivamente.

Johnny se incorporó. Sentía la sangre deslizarse por su mejilla, pero al darse cuenta que podía valerse por sí mismo y que el mundo seguía girando sin alterador, bajo sus pies, decidió que no estaba moribundo ni mucho menos. Entró al otro lado del mostrador, pasó por encima de los cadáveres y cruzó la cortina.

Vio a un hombrecillo sólidamente amarrado a una silla. Los ojos del anciano se clavaron en él con loco pánico. Rugolo avanzó y trató de desvanecer su terror con una forzada sonrisa. Escondió el revólver, buscó a su alrededor y no tardó en encontrar una pequeña navaja con la que cortó las ligaduras del viejo. Después, le libró de la mordaza.

—¿Se siente bien para hablar?

—Sí... sí, creo que sí.

—No puedo quedarme aquí ahora, pero volveré. Sólo dígame una cosa.

¿Conocía a alguno de esos tres bastardos?

—No... nunca los había visto.

—¿Qué dijeron cuando estaban esperándome?

—Solo que iban a matarle como había sido muerto el otro... no sé a quién se referían.

—Yo sí. ¿Algo más?

—Hablaron algo de matar a una mujer esta noche más tarde. No lo entendí muy bien...

—¿Citaron el nombre de la mujer?

—No...

—Pero tenían que matarla más tarde. ¿Estás seguro de eso?

—Sí...

—Está bien, ya le veré otra vez. Tengo muchas preguntas que hacerle, abuelo.

—Venga cuando guste... ¿Los ha matado a todos?

—Creo que sí.

—Bueno, me golpearon, ¿entiende? Pegaron a un pobre viejo como yo, solo para divertirse... Me acordaré para cuando usted vuelva.

—¿Hay alguna otra salida que no sea la principal?

—Por detrás; siga ese pasillo, al final encontrará unos escalones. Bájelos y estará en la calle. Suerte, *yanqui*.

Pensando que debería perfeccionar sus conocimientos de portugués, solo para evitar que identificaran su nacionalidad a las primeras de cambio, Johnny Rugolo siguió las instrucciones del anciano.

Una hora más tarde estaba en su habitación del hotel, examinando el corte de su mejilla. Lo limpió, comprobando que no era muy profundo, pero calculó que jamás había estado tan cerca de morir como aquella noche.

Acaba de limpiarse la sangre seca cuando alguien dijo a sus espaldas:

—¿Desperfectos, Johnny?

Dio un salto. Su mano voló en busca del revólver.

Suspiró, furioso, al reconocer a Frankie Carella.

CAPÍTULO VIII

DESPUES DE LA TORMENTA

Preocupado, Carella guardó silencio después de escuchar a Rugolo.

Este, tras una vacilación, gruñó:

—¿Cómo explicas que estuvieras esperándome en la pensión, Frank?

—Solo hay una explicación... Confidentes. Los tienen extendidos por todos los lugares donde es factible que alguien haga preguntas. Saben que vendrán más federales a causa de la muerte de Goldberg. Por la misma razón, han matado a Marie Anders antes que yo pudiera llegar hasta ella. El portero debe haber dado el aviso. Pero hay que reconocer que han sido endiabladamente rápidos...

—No cabe duda que tanto tú como yo hemos estado de suerte esta noche...

—Lo que me preocupa es la muchacha a la que pensaban matar...

—¿No podían referirse a esa Marie que tú has encontrado?

—Marie Anders estaba ya muerta cuando esos bastardos se disponían a liquidarte a ti. Debían referirse, a otra... ¡Santo cielo! —exclamó, levantándose de un salto.

Alarmado, Rugolo inquirió:

—¿Qué te ha dado ahora?

—¡Julie! Solo esta se me ocurre. Mejor dicho, es la única mujer que conozco capaz de inquietarlos. Deben haber advertido su error al dejarla viva después de matar a la hermana...

—Bueno, sea como sea, los tres matarifes que debían realizar ese trabajo están muertos, así que...

—No creerás que disponían solo de esos tres. Pueden mandar a oíros... Voy a verla inmediatamente. ¿No has sabido nada de Lin?

—Mi una palabra. Pero ya sabes cómo suele trabajar. Nunca aparece hasta que tiene algo concreto de que informar.

—Lo sé. ¿Crees que habrá algún peligro para interrogar al viejo de la

pensión ahora, Johnny?

—Pensaba hacerlo esta misma noche, solo que tendré que aguardar a que la policía se largue de allí.

—Será mejor que esperes por aquellos alrededores. No me sorprendería que decidieran matar al viejo también. Esos tipos no se detienen por un crimen más o menos.

—Voy allá si crees que es mejor así. Oye...

—¿Qué?

—¿No te parece que estamos armando mucho ruido, Frankie? Dos tiroteos y cinco muertos en una noche harán saltar a la policía hasta el techo...

—Al demonio con eso. Lo que se ventila es demasiado grave para detenernos en consideraciones de esta índole. Si te ves en apuros, dispara primero. Luego podrás hacer preguntas... si queda alguien vivo.

—Ya veo.

—Si regresas antes que yo, Johnny, ocúpate de estar a la escucha de Lin, si llama.

—Comprendido.

Se separaron. Rugolo hubiese gozado echándose en la cama y durmiendo todo lo que el cuerpo le hubiese pedido, pero sabía que eso le estaba vedado hasta Dios sabía cuándo. Además, se dijo para consolarse, con la tremenda algarabía que penetraba por las ventanas no había manera de pegar un ojo.

Salió también de la habitación tras este confortador pensamiento.

Carella anduvo a grandes zancadas hacia donde vivía Julie Turner. Se abrió paso entre la multitud a codazos y empujones, frenético ante la idea de que bien podía llegar demasiado tarde para salvarla, si es que era ella quien estaba realmente en peligro.

Se vio precisado a cruzar la avenida Río Branco, convertida en verdadero río humano. Decir que la ciudad se había vuelto loca resultaría una pobre expresión. Mientras andaba dificultosamente, Carella se asombró de que, durante tres días y tres noches, los millones de cariocas se olvidaran todo lo que no fuera el carnaval. No se acordaban de la miseria que se cernía sobre buena parte de ellos, del hambre que asolaba extensas regiones del país. Sólo vivían para venerar al viejo Momo, al anacrónico y borrachín dios del Carnaval.

No pudo contener un largo suspiro cuando, tras llamar a la puerta de la muchacha, escuchó los pasos de ésta al otro lado, y su voz precavida indagando la identidad del visitante.

—Carella —replicó—. Frank Carella. ¿Me recuerda?

—Oh, sí...

Le franqueó la entrada. Cerró la puerta y quedóse mirándole.

Él no supo qué decir durante unos segundos. Le subyugó la sugestiva

belleza de la joven, envuelta en una flotante nube de nylon verde nilo, bajo el que solo llevaba una blusa anudada sobre el estómago y unos *shorts* blancos, que contrastaban con el color de oro viejo de su piel tersa y suave.

—¿Sabe usted la hora que es, señor Carella? —sonrió Julie, acompañándole a la salita que ya conocía.

—Lamento molestarla otra vez. Usted debía estar a punto de acostarse...

—¿Con todo ese alboroto ahí fuera? Es imposible dormir esta noche.

—Entonces, ¿qué hacen para pegar un ojo?

—Nada. Nadie duerme. Y los que consiguen hacerlo es porque les vence el agotamiento y serían capaces de dormirse con la cabeza apoyada en el cañón de una batería en plena batalla.

—Comprendo...

—Y bien, ¿tiene más preguntas que hacerme?

—Algunas.

—¿Ha encontrado a Angelo?

—No. Se marchó de la casa donde vivía.

—Era de esperar...

—¿Por qué dice eso?

—Esa clase de rufianes jamás paran mucho tiempo en el mismo sitio, ¿no le parece? No les conviene echar raíces.

—Seguramente tiene usted razón.

—¿Le apetecería beber algo? Temo que en su primera visita no me mostré muy hospitalaria precisamente.

—Se lo agradezco. Algo frío, por favor.

—¿Un *gimlet*? Son mi especialidad, aunque no sea la bebida más adecuada para una noche de carnaval.

—Magnífico, gracias.

Ella se dedicó a preparar las bebidas. Carella creyó notar que, a pesar de su aparente naturalidad, la muchacha estaba tensa, como sometida a una presión interior.

Cuando volvió junto a él con los dos vasos empañados, la contempló fijamente. Tomó el suyo y preguntó:

—¿Ha recibido alguna visita esta noche, Julie?

—No. A excepción de la suya, claro.

—¿Llamadas telefónicas?

—¿Por qué le interesa tanto ese detalle?

—Respóndame, por favor.

—Solo las de unos amigos, invitándome a un baile de carnaval. He rehusado.

—Esos amigos, ¿son bien conocidos de usted?

—Sí.

Bebió un sorbo. Dejó el vaso sobre la mesilla y encendió un cigarrillo.

—Me pregunto qué diría usted si yo le pidiera que...

Se interrumpió, cortado por un súbito titubeo.

—Vamos, termine —le animó ella con una burlona mirada en sus hermosos ojos negros.

—Bien, si yo le pidiera pasar la noche aquí, con usted. No pretendo otra cosa que estar bajo este techo. Usted podrá encerrarse en su dormitorio y guardar la llave bajo la almohada.

—Absurdo.

Él suspiró. Bien, si lo quería por el lado brusco...

—No quería alarmarla, pero veo que no me queda otro remedio. Esta noche habían planeado el asesinato de una mujer relacionada de alguna manera con el caso de su hermana. Tengo razones para creer que esa mujer es usted, Julie.

Ella lo tomó mejor de lo que él se había atrevido a esperar. Palideció, ciertamente, pero no se descompuso en absoluto. Cruzó las piernas. Carella necesitó de toda su voluntad para despegar sus ojos de ellas.

—¿De dónde ha sacado esa descabellada idea? —le espetó—. ¿O se trata de un nuevo truco para que le autorice a pasar la noche aquí?

—No es ningún truco.

Algo en la voz grave del hombre la convenció de la verdad de su aseveración.

—No lo comprendo —susurró—. ¿Por qué desea alguien mi muerte?

—No lo sé. Tampoco estoy seguro de que se trate de usted. Pero es preferible no correr riesgos.

—Bueno, enfocada así la cosa... Dígame, ¿quién o qué es usted?

Carella carraspeó.

—Puede considerarme una especie de investigador.

—¿Qué clase de investigador?

—Seguros marítimos —mintió con aplomo.

—Ya veo... El hundimiento del *Seaseal*, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Sospechan que hubo algo más que un accidente?

Caralla se encogió de hombros. Sentía una tremenda atracción por la muchacha. Le hubiese gustado poder confiar en ella y no verse obligado a fingir. Poder decirle la verdad sobre *Los Justicieros*, aquel puñado de hombres legendarios cuya sola mención hacía temblar al hampa organizada en cualquier parte del mundo. Pero sabía que era imposible, rigurosamente imposible, mencionar siquiera a su grupo, de manera que devolvió la conversación a sus estrictos cauces.

—Es muy posible que fuera así —dijo—. No estamos seguros. Pero se han cometido una serie de asesinatos en distintos países, todos ellos de personas que, de alguna manera, remota o cercana, tuvieron relación con el *Seaseal* o sus tripulantes. Solo estamos investigando.

—Bueno, quédese, si ese es su gusto —concedió, pensativa—. Pero no espere poder dormir esta noche.

—No pensaba hacerlo.

—Yo tampoco—confesó—. Llevo demasiados años aquí para no estar enterada de lo que ocurre en cada carnaval.

—¿Cómo fue que se le ocurrió venir a trabajar al Brasil?

—Por un anuncio en el *Times* de Nueva York. Escribí, me hicieron unas pruebas y me aceptaron. Ya hace cuatro años.

—Me pregunto cómo dos hermanas de tan parecida edad pueden llegar a ser tan distintas...

Ella le miró, visiblemente turbada. Se refugió en su vaso y ambos bebieron sin prisas, cada uno sumido en sus reflexiones.

De nuevo fue Carcha quien murmuró:

—Debemos hablar de algo durante el tiempo que yo permanezca aquí. Me gustaría conocerla mejor.

—¿Por qué? No hay nada interesante en mi vida, y menos algo misterioso que pueda despertar su interés... profesional.

—No me refería a eso —gruñó Frankie.

—Ya lo sé. Casi puedo adivinar lo que pensaba usted.

Hasta cierto punto, tengo la impresión de que nos conocemos desde hace mucho tiempo... ¿No le sucede igual?

—Algo semejante.

—Me sorprende su manera de ser. Solo se muestra seguro de sí mismo cuando formula preguntas y más preguntas, pero cuando pasa al terreno personal...

Carella soltó un juramento en voz baja. Aquella chiquilla estaba sacándole de quicio.

—Entonces deberé continuar haciéndole preguntas —dijo con voz poco segura.

Ella sonrió.

—Está bien, sospecho que no me queda otro recurso que resignarme al interrogatorio.

En aquel momento, el teléfono que había sobre una mesa, al otro extremo del cuarto, empezó a sonar con estridencia. Carella dio un respingo. Ella se levantó serenamente.

—¿Teme que puedan asesinar me por teléfono? —rió, dirigiéndose al aparato.

Lo descolgó y estuvo escuchando unos segundos. Luego preguntó:

—Dígame, ¿quién llama?

Desde donde estaba, Frankie Carella escuchó el metálico chasquido de la comunicación al ser cortada. Perpleja, ella devolvió al auricular al soporte.

—Han colgado —murmuró.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—¿Qué quiere decir?

—Alguien ha querido asegurarse de que usted estaba en casa.

Por primera vez, ella pareció asustarse.

—¿Quiere dar a entender que alguien vendrá ahora, después de comprobar que estoy aquí?

—Parece lo más probable. Afortunadamente, su mismo interés en asegurar el golpe nos ha puesto sobre aviso. Le recibiremos como se merece, si aparece por aquí sea quien sea.

—Todavía no acabo de creerlo... ¿Por qué atentar contra mí? No puedo perjudicar a nadie, no sé nada de la muerte de Flo...

—Tal vez ellos creen que sí sabe más de lo que... O, y eso también es posible, quizá conoce realmente algo peligroso para esa gente aunque ni usted misma se da cuenta conscientemente.

—Demasiado complicado para mí. Todo es un monstruoso error...

—¿Cuándo vio a su hermana por última vez antes que fuera asesinada?

—No nos veíamos con frecuencia, ya se lo dije... Quizá la vi un mes antes... o más. No puedo recordarlo con exactitud.

—¿Vino ella aquí?

—Oh, no. Nunca venía. Ni yo iba a su apartamento.

—Entonces, ¿cómo fue que la viera?

—Compareció en la oficina, una tarde. Dijo que había estado de compras por allí cerca y aprovechó para verme.

—¿De qué hablaron?

—De vulgaridades. Entre ella y yo no quedaban muchos temas de conversación.

—¿De Angelo tal vez?

—Creo que lo mencionamos en algún momento. Yo le reproché que se dejara esquilar por él. Eso casi puso punto final a la entrevista.

—¿Qué dijo ella?

—Nada, lo de siempre... que era un buen muchacho y que la amaba.

—¿Nada más?

—No... Espere —murmuró de repente, reflexiva—. No había vuelto a recordarlo desde aquella tarde...

Carella se enderezó, olvidándose del resto de su bebida. Incluso dejó de captar los gritos y músicas que llenaban el aire quieto de la noche.

—¿Y bien? —la apremió.

—Recuerdo que dijo algo raro sobre Angelo... algo que me chocó entonces.

—Trate de recordar incluso las palabras de su hermana. Puede ser importante.

—No creo que lo fuera... dijo que pronto me daría cuenta de cuán equivocada estaba respecto a él. Dio a entender que Angelo iba a ser rico

en poco tiempo y que entonces se irían los dos. Eso me demostraría que él estaba realmente enamorado de ella.

—De modo que Angelo iba a ser rico. ¿No dijo la manera en que lo conseguiría?

—Eso no. Solo que me dio la sensación de que Flo estaba muy segura de eso.

—No hemos adelantado nada. Angelo es un rufián, un miserable explotador de mujeres. Eso queda fuera de toda duda. Ahora bien, un tipo de esa calaña no entra en posesión de una fortuna sin más ni más. Tampoco encaja en la clase de misterio que estoy investigando, pero estoy seguro de que está vinculado a él de alguna manera. Si pudiera saber en calidad de qué se mezcló con la gente que trato de identificar...

Calló. Ella tampoco dijo nada en unos minutos. Después, cambiando otra vez de tema, Carella indagó:

—Este piso, Julie, ¿tiene alguna otra entrada?

—Ninguna más. Y aquí no hay escaleras de incendios.

—Es una ventaja. Si vienen tendrán que entrar por la puerta. ¿Me permite utilizar su teléfono?

No esperó respuesta y descolgó el aparato, comunicando con el hotel una vez más.

Johnny no había regresado todavía, pero sí estaba allí Lin Burke.

—Creo que he dado con algo sólido, Frankie —dijo con su voz de claras sonoridades—. El *Seaseal* recaló en el puerto hace un par de meses. He encontrado un muchacho que estuvo a bordo en aquella ocasión.

—¿Pudo fijarse en su carga? —preguntó, pensando que eso sería demasiada suerte para ellos.

—Lo sorprendente es que no llevaba carga alguna, Frankie, excepto un avión desmontado.

—¿Un qué?

—Un avión. A juzgar por la confusa descripción del fuselaje, que llevaba amarrado sobre cubierta, se trataba de un hidroavión bimotor, uno de esos *Catalinas* anfibios que sirvieron durante la última guerra.

—¿Qué rumbo llevaba el buque?

—Mi informante no ha podido decírmelo. Solo entraron en el puerto obligados por una tempestad.

—Y la otra tempestad lo hundió. Bien, tenemos que transportaba un avión anfibia... el único medio de viajar rápidamente a través de las selvas, con seguridad de hallar lugares donde aterrizar. Los grandes lagos del interior... el mismo río... Solo que me pregunto para qué demonios lo necesitarán.

—No olvides que un *Catalina* puede transportar una buena cantidad de carga, Frankie.

—Lo sé... ¿Algo más, Lin?

—Nada por el momento, excepto un tremendo dolor de cabeza con todo este escándalo. Esa gente está loca, no cabe duda.

—En eso estamos de acuerdo. Bien, quédate ahí hasta que regrese Johnny. Quizá él traiga otras noticias importantes. Me reuniré con los dos tan pronto me sea posible.

—¡Eh, espera un minuto, Frankie! He sabido que se han producido algunos tiroteos, verdaderas batallas. ¿Nos afecta a nosotros en alguna forma?

—Seguro. Johnny te contará.

—Esperaré. Veo que me he perdido buena parte de la fiesta.

Colgó y regresó a la butaca, pensativo.

Julie preguntó:

—¿Malas noticias, señor Carella?

—Todavía no puedo decir si son buenas o malas. ¿Por qué no deja de llamarme «señor Carella»? Mi nombre es Frank.

Le sonrió.

—¿Está intentando una aproximación acaso?

—Nada me complacería tanto, pero hay cosas demasiado graves en juego para esos escarceos.

Julie suspiró, impaciente. Con voz decidida dijo:

—Me gustaría que dejara de mostrarse tan misterioso, Frank. Sé que está mintiéndome. Me pide sinceridad, pero usted no la tiene conmigo...

—¿Qué le hace suponer que le miento?

—Usted no es investigador de seguros marítimos. Por lo menos en lo que respecta al *Seaseal*.

—Es usted muy lista, ¿verdad?

—No lo sé, pero sé distinguir la verdad de la mentira. Dígame quién es usted realmente, solo para que yo sepa a qué atenerme...

El sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Imposible —gruñó—. Tal vez, cuando esto termine, pueda ser más sincero con usted. Créame que nada me complacería tanto. Pero dígame por qué está tan segura me no soy investigador de seguros. El *Seaseal*, y su carga, debían estar asegurados, ¿no es cierto?

Ella no llegó a responder porque en aquel instante alguien llamó a la puerta.

CAPÍTULO IX

UN HOMBRE ASUSTADO

En voz baja, le dio instrucciones. Le complació ver que Julie adoptaba una actitud serena, confiaba tal vez en su presencia.

La llamada sobre la puerta se repitió, más apremiante. Frankie Carella se deslizó en silencio hasta colocarse a un lado de la entrada, con la *Magnum* en la mano. Julie miró un instante el arma y palideció un poco más.

Luego, acercóse a la puerta y murmuró:

—¿Quién está ahí?

—Necesito verte, Julie. Abre, por favor...

Era una voz débil, temblorosa. Rezumaba miedo. Pero podía ser una añagaza. Carella sacudió la cabeza de un lado a otro. La muchacha volvió a preguntar:

—¿Quién es?

—Angelino. ¿Es posible que no te acuerdes de mí?

Se tambaleó por efectos de la sorpresa. Carella dio un respingo.

—¿Estás solo? —quiso saber ella.

—¡Pues claro que estoy solo! ¿Qué te pasa, Julie? Déjame entrar, por favor.

Julie miró a Carella interrogante. El asintió con un movimiento de cabeza, pero la gran automática se elevó un poco, cubriendo la entrada.

Entonces ella abrió la puerta, apartándose rápidamente.

Un hombre entró y quedóse mirando a la muchacha con ojos asustados. A Carella no le costó identificarlo por la descripción que ella le hiciera de aquel individuo. Solo que no parecía elegante en aquellos momentos, ni su apariencia era tampoco muy atractiva. El miedo había descompuesto hasta sus facciones.

—Cierra la puerta y entra —dijo la muchacha con voz dura.

El *gigolo* avanzó después de cerrar apresuradamente. Solo entonces descubrió la presencia del otro hombre y de su enorme automática y estuvo a punto de desmayarse.

—¿Quién... quién es ese, Julie?

—Pregúntale a él...

—¡Pero tiene una pistola! ¿Qué hace aquí?

Carella intervino.

—Estábamos esperándote, Angelino.

—¿A mí? Está loco. ¿Cómo podía saber que iba a venir? Ni yo mismo sabía que iba a presentarme aquí hasta hace unos minutos, cuando se me ha ocurrido que Julie...

Calló y sus ojos buscaron a la muchacha con desesperación. Ella había retrocedido hasta su butaca y, sentada en ella, miraba al recién llegado con infinito desprecio.

Ni siquiera su alada y hermosa apariencia podían disimular el rencor, el asco que le inspiraba aquel hombre.

—Adelante, Angelino —ordenó Carella—. Coloca las manos detrás de la nuca... así. Ahora, andando, colócate junto al diván de espaldas a mí.

—¿Qué va usted a hacer?

—Ya lo verás. ¡Rápido!

De un salto, el rufián estuvo donde le habían ordenado. Entonces, la experta mano de Carella le recorrió los bolsillos y los lugares factibles de esconder un arma.

Todo lo que encontró fue una navaja de resorte de aspecto inocente.

—Puedes bajar los brazos. Y siéntate en el diván donde pueda verte bien.

También obedeció. Carella movió la butaca de manera que desde ella pudiera dominar perfectamente al visitante y se hundió confortablemente en ella.

—Ahora, Angelino —dijo con voz helada—, empieza a hablar y no te detengas hasta haberlo escupido todo.

—No sé qué quiere saber usted... Yo quería ver a Julie solamente.

—Te creo. A ella hubieses podido liquidar con suma facilidad.

—¿Liquidarla? ¡Está rematadamente loco!

—Es posible, pero recuerda que los locos pueden volverse furiosos repentinamente. ¿Qué buscabas aquí, muchacho?

—Ayuda —suspiró, desviando la mirada.

—Voy a tener que sacudirte duro —se lamentó Carella, levantándose pesadamente—. Solo para que entres en razón.

—¡Usted no puede tocarme!

—¿Por qué no, sanguijuela? Usted, Julie, es mejor que aguarde en su habitación. No salga si no la llamo. Esto va a ser desagradable.

Tras una vacilación, la muchacha se levantó, encaminándose a su dormitorio. Los ojos desesperados del *gigolo* la siguieron, implorantes.

—¡Espera, Julie! —casi sollozó.

Ella se inmovilizó. Solo volvió la cabeza.

Carella dijo:

—¿Vas a hablar claro, Angelino?

—Sí, ¡sí, maldito sea usted!

Poco a poco, la muchacha regresó a su butaca. El jefe de *Los Justicieros* jugueteó distraídamente con la gran automática.

—Bueno, Angelino, tú dices que has venido aquí en busca de ayuda. ¿Qué clase de ayuda?

—Tengo que irme de la ciudad, escapar de aquí a cualquier precio. Pero no tengo dinero... todo el que tenía quedó en mi último domicilio... y no puedo regresar en su busca.

—¿Por qué?

—¿No lo comprende? ¡Quieren matarme!

—¿Quiénes?

—Es largo de contar...

—Tenemos el resto de la noche para escucharte, así que empieza y no te detengas hasta que lo hayas soltado todo.

Atónita, Julie murmuró:

—¿Quieres dar a entender que has venido aquí en busca de dinero, cerdo, dinero mío precisamente?

—Solo un poco, Julie... y te lo devolveré tan pronto pueda instalarme en otro sitio... Tú no querrás que me maten, ¿verdad?

—Sospecho que nada podría satisfacer tanto a Julie como eso, amigo— río Carella con helado acento—. Bien, oigamos tu historia...

Pero el hombre estaba demasiado obsesionado por su miedo para pensar en otra cosa al mismo tiempo.

—Te prometo que te lo devolveré... Además, puedo decirte algo muy importante para ti, te lo juro. Algo que me agradecerás...

—Lo único que podría complacerme sería no volver a saber jamás de ti.

—O en todo caso, saber que pendías de una sogá. Bueno, ¿vas a hablar sí o no, cerdo?

Angelino miró a su alrededor como si buscara una escapatoria. En realidad, no deseaba marchar todavía, no sin conseguir algún dinero.

—Yo sé quién mató a Flo, Julie —dijo al fin con voz apenas audible.

Carella respingó. También Julie se quedó sin habla como resultado de la sorpresa.

—¿Quién, Angelino? —balbuceó al fin.

—Se llama Fiorello... ¿Te convences de que puedo revelarte muchas cosas? Solo tienes que prestarme algún dinero para empezar en otra parte... Sé que lo tienes. Y poseo otras informaciones terriblemente valiosas para ti... Estás en un terrible peligro aunque no te des cuenta.

—Más claro— le espetó Carella desde su butaca—. No me obligues a levantarme otra vez porque te haré daño.

—¿Qué quiere que le diga?

—Tu relación con el asunto del *Seaseal* para empezar.

El rufián quedó rígido. Sus ojos reflejando un enorme terror miraron a Frankie como si éste fuese de otro planeta.

—¿Cómo sabe...?

La voz se le extinguió. Pero no así la de Julie, quien le espetó sin rodeos:

—Abusaste de la credulidad de mi hermana, pero no esperes hacer lo mismo conmigo. No verás ni un centavo de mi dinero, a pesar de tus patrañas. ¿Quién es ese tal Fiorello?

—Casi todas las noches está en el *Flore*. Es muy conocido allí...

—¿Y qué más sabes, Angelino?

Miró a Carella. Luego abatió la cabeza.

—Demasiado —gruñó—. Por eso quieren liquidarme. Ya no les sirvo, ¿comprende?

—¿Qué sabes de la amenaza que pende sobre Julie?

—Solo se lo diré si accede a darme dinero para huir. Entonces le diré de dónde proviene el peligro, lo cerca que lo tiene todos los días de la semana aunque ella no sepa advertirlo.

Carelia reflexionó rápidamente. Iba a tener que emplear la fuerza para obligar al repugnante individuo a soltar la lengua. Por lo menos estaba seguro que su miedo no era fingido. Eso era una baza a su favor.

Seguía pensando eso, hundido en la butaca de alto respaldo, cuando, procedente de su espalda, una voz dijo:

—¡Qué estupenda reunión! Venimos en busca de la chica y encontramos también al amigo Angelino...

Carelia se inmovilizó. Angelino dejó escapar un gemido y miró hacia la puerta con ojos desorbitados por el terror.

—¡Esperen, muchachos...! Si vienen a por la chica, la tienen aquí, pero no pueden hacerme ningún daño a mí. Yo...

Carella vigilaba a Julie para captar sus menores reacciones. La mirada asustada de la muchacha le revelaba la exacta posición del pistolero, o pistoleros si había más de uno. No le habían descubierto todavía gracias al alto respaldo de la butaca. Eso le colocaba en una relativa ventaja.

Poco a poco levantó la automática. Detrás de él, a poca distancia, la voz de antes anunció:

—Primero por ti, Argelino...

—¡No!

Simultáneamente, sucedieron muchas cosas que no estaban en el programa de Carella cuando acudiera al apartamento de la muchacha.

Primero, sonó un «plop» sordo y Angelino rebotó contra el respaldo del diván en que estaba sentado. Cayó dando una voltereta y gimiendo con voz histérica. Un nuevo sonido mortal se elevó. Angelino dejó de gemir.

Julie no chilló. A pesar de que contemplaba la escena con ojos desorbitados por el terror, se mantuvo en silencio sin mover ni un párpado.

En aquel instante, Frankie se inclinó hacia delante utilizando las piernas para lanzar la butaca hacia atrás con tanto impulso como le pudo imprimir. Oyó una exclamación cuando se revolvía como una peonza, llegando a tiempo de ver a un hombre delgado y pálido recibir el impacto del mueble contra el cuerpo, dar un traspié y luego caer de espaldas.

En lugar de disparar, se lanzó al aire para caer sobre el criminal con todo su peso, golpeándole salvajemente para reducirlo.

Entonces, casi entre una bruma roja que se había colocado ante sus ojos, distinguió el revólver del caído que estaba volviéndose contra él implacablemente.

Se echó atrás instintivamente. Dejó de golpear. La *Magnum* ladró una sola y definitiva vez. El asesino ya no volvería a matar jamás.

CAPÍTULO X

PRIMERA LUZ

El ruido callejero parecía haber aumentado, si ello era posible. Las primeras luces del alba entraban por el gran ventanal abierto sobre la terraza. Lin Burke, siguiendo su enervante costumbre, andaba de un lado a otro como un perro nervioso.

Frankie Carella encendió otro cigarrillo. Dijo:

—Siéntate, Lin.

El otro no pareció haberle oído. Desde el diván curvo en el cual estaba tendida, Julie ladeó la cabeza para mirar a Carella. Sus ojos eran tan brillantes como diamantes.

—Frank...

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—Debe haber pasado un buen susto —comentó Lin, deteniéndose un instante al lado de la muchacha.

—Lo difícil ha sido salir de allí antes que nos sorprendiera la policía. Tendré que acostumbrarme a colocar silenciador a la *Magnum* o alborotaremos a toda la ciudad.

—¿Más de lo que está? —rio Lin, reanudando sus paseos.

—¡Siéntate, maldita sea!

Se detuvo. Miró a Carella, vio que estaba nervioso y optó por derrumbarse pesadamente en una butaca.

—Espero que no le haya sucedido nada a Johnny —gruñó.

—Él sabe cuidarse perfectamente. Ahora, veamos. Angelino dijo que te rondaba un gran peligro, Julie. Recalcó que el peligro te amenazaba todos los días de la semana. ¿Qué diablos quiso decir con eso?

Ella le miró. Acabó por incorporarse y quedar sentada. La especie de *negligé* verde nilo, y la tenue blusita y los precarios *shorts* no eran la indumentaria más adecuada para que los hombres pudieran tener las ideas claras. Lin Burke paseó sus admirados ojos por aquella figura que le

subyugaba. Carraspeó y solo la fija mirada de Carella le obligó a desviar la suya.

—No lo sé, Frank —susurró la muchacha—. Él estaba tan asustado que sus palabras eran incoherentes...

—Pero nos dio el nombre del asesino de tu hermana: Florello, un asiduo del *Flore*... habrá que hacer algo por ese lado. ¿Tú crees que el cabaret estará abierto todavía?

—Sin duda. Ni esta noche ni la próxima cierran.

—Bueno, Lin, ocúpate de eso. El tipo se llama Florello y es muy conocido en el cabaret. Trata de encontrarlo y, si te es posible, tráelo aquí de cualquier manera.

—¿Y si no pudiera hacerlo?

—Mátalo.

La muchacha dio un respingo.

—¿Cómo puedes disponer así de la vida de un hombre, Frank? No eres juez, ni...

—La vida de un asesino solo tiene valor cuando ha muerto porque se tiene la seguridad que no matará más. Y no te confíes, muchacho. No sabemos qué clase de gente es la del *Flore*. Demasiados hilos de esta madeja conducen a ese cabaret.

—Lo tendré en cuenta. Después de todo, quizá pueda intervenir también en un buen alboroto...

Sacó una escalofriante *Lüger* de largo cañón, extrajo el cargador y corrió el cierre, comprobando que había una bala en la recámara. Luego, introdujo otra vez el cargador, la montó y sonrió, satisfecho.

—No creo que tarde mucho —dijo como despedida.

Al quedar solos, Julie murmuró:

—A veces siento miedo de mirarte, Frank...

—Tonterías. En esta clase de lucha no podemos guardar las reglas. Lo que se juega es tan endiabladamente importante que una vida humana no cuenta, ni siquiera las nuestras.

—Si pudieras explicarme de qué se trata quizá pudiera comprenderlo.

—Es imposible por el momento. Volvamos a lo que estábamos hablando antes. Trata de pensar en las palabras de Angelino. ¿De qué manera puede amenazarte un peligro durante todos los días de la semana?

—¿Cómo puedo saberlo? Trabajo durante la semana. Pueden seguirme, atentar contra mí en las calles, en el coche...

—¿O en tu trabajo?

—¿En la oficina? —se asombró ella.

—¿Por qué no? Angelino lo dijo de manera que eso parece lo más lógico. Todos los días de la semana trabajas, estás en una oficina. El peligro puede residir ahí de cualquier modo. ¿Quién está cerca de ti en tu despacho?

—No sigas, Frank, es absurdo.

—¿Quién, Julie?

—El señor Wadford, el director. Soy su secretaria.

—¿Quién más?

—Hay dos contables en una oficina adjunta a la mía. Y luego, en la oficina general, todo el resto del personal, hasta unos quince.

Carcha arrugó el entrecejo. Repentinamente se inclinó hacia delante, como asaltado por una súbita idea.

—Acaba de ocurrírseme... ¿Recuerdas lo que estábamos hablando cuando Angelino llamó a tu puerta?

—Creo que sí.

—Tú decías que estabas segura que yo te mentía, que no era investigador de seguros...

—Por lo menos, no en el naufragio del *Seaseal*.

—Eso es. ¿Cómo podías estar tan segura?

—Porque la carga del *Seaseal* estaba asegurada por la *Nortroph International Insurance*.

—¿Cómo lo sabes?

Ella parpadeó, estupefacta, como si no pudiera creer que hubiera tanta estupidez en el mundo.

—Porque el barco fue fletado por nuestra Compañía —dijo como si hablara a un niño.

Carella se echó hacia atrás como si hubiera recibido un mazazo. Luego empezó a reír, a reír como un demente, ante el alarmado asombro de la muchacha.

Cuando se calmó gruñó:

—Todo el tiempo ante mis narices... tan claro como la luz y no supe verlo... ¡Qué imbécil!

—¡Frank...!

—No te alarmes, muchacha, pero ahora todo se aclara para mí, incluso las palabras de Angelino. Y creo que tú vas a ser de una gran ayuda cuando los demás estén aquí y haya terminado ese condenado carnaval.

—No te comprendo. Ni creo que tú mismo sepas lo que estás hablando...

—¡Oh, sí lo sé, pequeña! Porque supongo que mientras duren estas fiestas no sabrás dónde podremos encontrar al director de tu estupenda compañía, ¿eh?

—No, claro...

—Ajá. Tenemos que esperar que se reanude el trabajo. Lo siento, pero vas a quedarte sin empleo.

Ella no replicó. Estaba aturdida, sobrecogida por los acontecimientos y las palabras incomprensibles de Carella.

—Ahora —dijo éste—, será mejor que te eches en la cama y trates de

descansar. Has pasado un rato infame esta noche. Aunque no puedas dormir, por lo menos relajarás tus nervios. Yo tengo algo que hacer.

—¿Vas a salir también?

—No.

Suspiró, aliviada. Él la acompañó hasta la alcoba y la contempló cuando se tendió sobre el lecho. Sintió acelerarse los latidos de su sangre ante la maravilla viviente apenas velada. Sonrió, dio media vuelta y retrocedió pensativamente.

De una maleta extrajo un aparato semejante a un pequeño transistor. Realmente, su apariencia era la de uno de esos aparatos de radio diminutos.

Pero al quitarle la tapa posterior surgieron una serie de diferencias que lo identificaron como algo mucho más complicado.

Tomó asiento en una butaca, conectó unas clavijas y —cercándose el aparato a la cara comenzó a hablar con acento monótono.

—Llamando a estrella uno, llamando a estrella uno. Estrella uno conteste. Llamando...

Estuvo repitiendo lo mismo por espacio de más de veinte minutos, conectando y desconectando el circuito de recepción. Finalmente, el aparato emitió un agudo silbido. Efectuó unos ajustes y la voz de Peters Brett surgió, metálica y nítida.

—Estrella uno a la escucha. Cambio.

—Habla base. Identifícate. Cambio.

—*Operación "Tormenta"* —dijo la voz.

Carella suspiró, aliviado.

—Hace media hora que trato de comunicar —anunció—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Tengo datos sorprendentes. Lo único malo fue el viaje en avión hasta aquí. ¿Informo ahora? Cambio.

—No. Regresa inmediatamente. ¿Entiendes? Regresa inmediatamente. Repito: regresa inmediatamente. Te necesitamos aquí a ti y los datos que poseas. Cambio.

—Otro viajecito... Tomaré el avión esta noche. No hay otro hasta dentro de dos días. ¿Está bien? Cambio.

—Esta noche, está bien. Ten mucho cuidado. Peligro por todas partes. Cambio y corto.

—Entendido. Corto.

Carella permaneció unos instantes con el mudo aparato en las manos. Entrecerró los ojos. Realmente, con los datos que Brett pudiera aportar, más lo que bullía en su imaginación, no haría falta más para redondear un caso que muy bien hubiera podido convertirse en un desastre internacional.

Estuvo más de dos horas inmóvil, mientras en el exterior el griterío

seguía con el mismo furor que durante la noche, y el sol se elevaba por encima del horizonte y en la habitación Julie dormía plácidamente, rendida al fin por las emociones y la fatiga.

Luego, poco después de las nueve de la mañana, llegó Lin Burke con rostro enfurruñado.

Carella se incorporó a medias en el diván. Sonrió.

—¿Bueno, Lin?

—No he podido traerlo.

—Pero lo encontraste, ¿no?

—Seguro.

—Entiendo.

No dijeron nada más. Burke se acercó a la mesilla, sacó la *Lüger* y la desarmó con dedos expertos. Carella estuvo contemplándole mientras la limpiaba lenta y concienzudamente hasta que no quedó ni una mota de pólvora quemada en ella. Hecho esto, sacó un proyectil de un bolsillo y lo introdujo en la recámara antes de cerrar esta. De nuevo la carga volvía a estar completa.

Cuando el arma desapareció de la vista, Carella cerró de nuevo los ojos.

CAPÍTULO XI

PLANES DE COMBATE

Peter Brett entró y se detuvo contemplando al grupo. Sus ropas estaban sucias de sudor y no se había afeitado desde que lo vieron poco antes de marcharse.

—De vuelta al hogar —gruñó—. Y el carnaval todavía dura. Soy un tipo afortunado... ¡Cristo!

Estupefacto, miró a la puerta del dormitorio, donde acababa de aparecer Julie ataviada con las mismas ropas con que Carella se la había llevado de su apartamento. Los ojos de Brett amenazaron con saltarle fuera de las órbitas.

—¿Quién es esa monada, chicos? —balbuceó—. No creí que quedasen mujeres así en la tierra.

Julie titubeó entre avanzar o retroceder. Johnny rio, mientras Carella refunfuñaba:

—Entra y siéntate, Peter. Ella se llama Julie. Es nuestra llave para forzar el caso.

—No cabe duda que es la llave más hermosa que he visto nunca...

Fue a sentarse con gesto cansado, pero sus ojos siguieron escrutando— las sinuosas curvas de la muchacha hasta que esta, turbada, retrocedió, desapareciendo de su vista.

—¿Es de confianza? —gruñó entonces.

—Supongo que sí.

—Podemos hablar delante de ella —dijo Carella—. De todos modos no se separará de nosotros hasta que esto termine. Después, no importa lo que hable. ¿Qué encontraste en tus selvas, Brett?

—Mosquitos, condenados sean. Y arañas negras, y moscas y toda una maldita fauna de insectos indecentes que le vuelven loco a uno. Ríete de las selvas de Java, amigo... ¡Demonios con la Amazona!

—¿Además de los insectos, Peter?

—Está bien, está bien... Hablé con un sacerdote que encontró a aquel desgraciado en plena selva. Un hombre estupendo ese cura... Bueno, es cierto lo que dijo el moribundo. Luego estuve tanteando a otros trabajadores de los muelles de la isla. No conseguí nada; de manera que

recurre una vez más al sacerdote. Se mostró dispuesto a complacerme y me guió a través de la selva hasta una pequeña tribu de *pacaas novas*. Esos indios debían ser algo espantoso hasta hace pocos años...; bueno, a lo que iba. Los indios estaban furiosos a causa del «gran pájaro» que turbaba la paz de sus soledades. Un avión, naturalmente. Pude verlo aquella misma noche. Es un viejo *Catalina* pintado de oscuro. Solo vuela de noche.

Carella escuchaba con los ojos entrecerrados. Conocía bien la pintoresca manera de hablar de su compañero. Acostumbrado a ello, no perdía una palabra del relato.

Peter prosiguió, encendiendo un cigarrillo:

—Calculé el rumbo del aparato. Volaba bajo. Según el mapa, no seguía el curso del río, sino que parecía dar un gran rodeo. Hice mis cálculos y llegué a la conclusión de que amenizaba en el lago interior de la isla Marajó, donde nace el río Arari. También me acompañó el sacerdote cuando me encaminé al lago. Sin un guía hubiera estado perdido en aquel mar de vegetación.

Carella se enderezó un poco.

—¿Pudiste llegar al lago?

—Seguro. Y allí estaba el *Catalina*, amarrado a la orilla. Siete u ocho tipos descargaban un gran número de pequeños sacos de cuero.

—¿Y...?

—Bueno, fue un tanto desagradable porque el sacerdote se empeñaba en estar a mí lado todo el tiempo...

—¡Al grano, Peter!

—Hube de mentirle, solo para obligarle a permanecer escondido entre la vegetación. Fue la única manera de que pudiera acercarme solo al sendero por dónde transitaban los portadores y cazar a uno de ellos...

—¿Cazarlo? —refunfuñó Johnny—. ¿No se dieron cuenta los otros?

—Yo llevaba un cuchillo, idiota.

—Ya veo.

—Lo arrastré hasta unos matorrales, llevándome su saco. El pobre mestizo que acuchillaron tuvo razón. Son *piedras blancas*.

—Más claro, Peter.

—¡Uranio! —estalló Peter, triunfalmente—. Uranio en bruto, tal como sale del yacimiento. Pero es uranio 238 sin la menor duda. Y debe ser un yacimiento tremendamente rico, si mis cálculos no rallan, o de lo contrario lo que nos obligaron a estudiar antes de lanzarnos a esta aventura no sirve para nada.

Carella sonrió.

—Era lo que suponía —dijo calmamente—. Embarcan el mineral en el *Catalina* y el avión lo transporta hasta el lago de Marajó. Desde el lago, es trasladado a la costa por los portadores hasta reunir un cargamento completo, en cuyo momento lo meten en cajas y es embarcado en un

buque incontrolado con rumbo a China. De esta manera obtiene el más rico uranio del mundo, procedente de un yacimiento secreto... Y la mayoría de dirigentes de ese tráfico son norteamericanos. ¿No es para echarse a reír?

Ninguno de ellos tenía expresión risueña. Más bien, sus rostros estaban sombríos, presagiando tormenta.

Peter suspiró:

—Voy a darme una ducha. Luego me contaréis lo que ha sucedido por aquí, aparte del jaleo del carnaval... Ah, habrá que informar al Gobierno brasileño de la existencia de ese yacimiento, ¿no te parece, Frankie?

—De eso se encargarán otros. Nosotros no somos ni diplomáticos, ni investigadores brasileños. Rendiremos nuestro informe final al Secretario de Justicia y él hará lo demás. Apresúrate si quieres ducharte. Se me ocurre una idea...

—Frank.

Se volvió. Julie le miraba desde el umbral del dormitorio. Supo que lo había escuchado todo cuando contempló su bello rostro crispado por una mueca de pánico.

—¿Sí, Julie?

Ella avanzó hasta reunirse con él, ante las miradas quietas de otros tres hombres.

—¿Es cierto lo que has dicho? —susurró.

—Me temo que sí.

—Y... y esos embarques de uranio...

—Tu Compañía fletó el *Seaseal*, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bien, los restos del naufragio eran radioactivos.

—¡Dios mío!

—Tu jefe... ese Wadford.

—Comprendo. Es horrible, Frank.

—Sí.

Tras un silencio, ella susurró:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No te gustaría saberlo. Te quedarás aquí, en esta habitación, hasta nuestro regreso. ¿Entiendes? No asomes tu linda naricita fuera de aquí por ningún motivo. Han intentado matarte una vez. Pueden intentarlo otra.

—Pero... ¿por qué no lo hicieron antes? Yo era hermana de Flo... y a ella la mataron antes solo porque el capitán de ese barco... ¡Oh!

—Eso es —confirmó Carella suavemente—. El capitán del *Seaseal* debió hablarle a tu hermana del gran negocio que estaban haciendo. Ella debía morir cuando el buque se hundió. También murieron muchos otros, comparsas en distintos países. Y debía ser eliminado Angelino porque ya no lo necesitaban...

—¿Qué significaba él en la organización? —intervino Lin con su voz sonora y neutra.

—Olvidas que quien organizó este fabuloso negocio es norteamericano, no brasileño. Se trajo los planes y algunos empleados aquí, sin duda convencidos de que se trataba de una empresa legal. Pero como no podía traerse una banda de pistoleros también, necesitó un contacto aquí para reclutar asesinos. Angelino fue su eslabón. Lo mismo le daba comerciar con mujeres que con asesinos... hasta que ya no fue necesario.

—Es suficiente, Frank —gruñó Johnny—. ¿Cuándo terminamos con eso de una vez?

—Tan pronto podamos tener reunidos a Wadford y sus ayudantes en su compañía. Descríbeme el edificio, Julie.

Ella lo hizo con voz que temblaba, pero fue una descripción minuciosa y detallista. Cuando terminó, Carella dijo:

—De manera que hay un gran almacén con sótanos en la parte trasera de las oficinas...

—¿Has estado alguna vez en ese almacén?

—Sí, pero no vi nada que fuera sospechoso.

—Lo imagino. ¿Cuántas entradas tiene?

—Dos, aparte de la que comunica con las oficinas. Una puerta pequeña, en la fachada norte, y un portalón que da paso a los camiones.

—Es suficiente, pequeña.

Peter reapareció poco después, bañado y afeitado, con ropas nuevas y sujetándose una enorme automática en el cinturón, bajo la camisa.

—Ahora me siento otro hombre —manifestó, con la mirada clavada en la muchacha—. Linda, me desconciertas. Solo por curiosidad... Tu vestimenta, ¿es de carnaval?

A su pesar, Julie sonrió. Los demás fulminaron a Brett con una mirada asesina.

—Creo que podemos adelantar las cosas —dijo Carella.

—¿Sí?

—El jefe supremo del tráfico decretó que Julie debía morir. Bien, ella va a darle un susto.

—¿Yo, Frank? —gimió la muchacha.

—Seguro. Vas a intentar localizarlo por teléfono, esté donde esté. En su casa, en su club, en el mismo infierno si es preciso.

—¿Y cuándo lo encuentre?

Carella sonrió.

—Le dirás que nosotros te hemos obligado a hablar y que lo sabemos todo. Que esta noche iremos al almacén para registrarlo y apoderarse de los documentos que haya en la pequeña oficina del sótano...

Johnny Rugolo pegó un respingo.

—¡Maldita sea! Lo primero que hará será destruir sus archivos, si es

que los tiene en ese sótano.

—Eso lo haría sí, cuando Julie le llame, los archivos siguieran en su lugar. Pero ella no llamará hasta que tú y Lin regreséis con ese botín. Andando.

Los dos designados se levantaron de un salto. Rugolo dijo:

—De manera que es así como quieres hacerlo.

—Ni más ni menos. Nos esperarán en el almacén y en el sótano...

—Y entraremos por las oficinas principales... Okey, vamos Lin.

Salieron. Carella encendió otro cigarrillo y se recostó en el diván. Peter dijo:

—¿Por qué no voy con ellos? Quizá encuentren dificultades.

—Las solucionarán. Descansa, Peter. Acuéstate si quieres.

—¿Con ese terremoto ahí fuera? Me pregunto cuánto tardarán en caer reventados.

—No lo verás tú. Resisten hasta el final. Luego descansa.

Peter sacudió la cabeza.

—Al demonio con el carnaval —decidió—. Voy a echarme en la cama, aunque no pueda pegar un ojo. Por lo menos, aquí no hay mosquitos.

Al quedar solos, Carella y la muchacha permanecieron en silencio un rato, hasta que ella murmuró:

—Supongo que te irás después de terminar este asunto, Frank.

—Sí.

—¿A Nueva York?

—Quién sabe.

—¿Y qué voy a hacer yo? No puedo quedarme aquí sin trabajo.

—Puedes regresar a Nueva York. Allí habrá más oportunidades para ti.

Ella le miró largamente. En sus ojos apareció un extraño brillo.

—¿Sabes? dijo muy quedo—. He tenido un sueño... un bello sueño.

Carella se removió, inquieto.

—Los sueños, solo son eso, muchacha...

—Entiendo. No he llegado a representar nada para ti, ¿verdad?

—Has significado mucho... eres demasiado en realidad, Julie. Pero yo no soy libre.

—¡Oh!

—No es lo que tú crees. No soy casado. No tengo ningún compromiso de esa clase en ninguna parte. Pero pertenezco a cierto grupo que me absorbe por completo. Me debo a él, ¿entiendes?

—Creo que sí.

—Lo celebro.

—No importa mucho. Estoy acostumbrada a las renunciaciones. Volveré a soñar algún día. Soñar no cuesta dinero, ¿sabes? Solo jirones de la propia vía.

Su voz se ahogó. Carella no dijo nada. En su mente se hizo un gran

vacío. Poco a poco, el estruendo del carnaval se borró de sus sentidos. Se esfumó la vida misma, hasta la presencia de la turbadora belleza de Julie, y ya solo quedó la imagen de su deber, de su compromiso, de su grupo, al que se debía.

Los Justicieros.

Implacables, con la vida hipotecada siempre... solas en una lucha desigual y casi suicida.

Y así debía ser.

CAPÍTULO XII

TORMENTA DE SANGRE

La negrura, allí dentro, era tan densa como la tinta. El rumor del carnaval llegaba lejano, obsesionante, como un latido de bestia gigantesca.

Carella se detuvo. Empuñaba la mortífera *Magnum* y a su lado, sin que pudiera verlo, Peter Brett aguardaba con los nervios tan tensos como los suyos.

—Faltan dos minutos —murmuró Frank, consultando la esfera fosforescente de su reloj.

—¿Estás seguro que tendrán tiempo de entrar en el almacén?

—Eso es cuenta suya...

Aguardaron. Después, Carella susurró:

—Vamos.

Siguiendo el plano mental que se había hecho del edificio, encontró la escalera del almacén y comenzaron a descender en silencio.

Estaba seguro que había hombres agazapados en las sombras con las armas listas para disparar, para matarlos. Era una caza sin cuartel, sin piedad, sin poder esperar ayuda del exterior. Lo que hubiera de ocurrir, sucedería allí dentro silenciosamente, sin intervención extraña. Por ello, habían equipado sus armas con largos silenciadores S.S.

Descendieron lenta y precavidamente. Carella pensaba que era preciso acabar con aquellos hombres, cortar de raíz las cabezas que dirigían el infame tráfico capaz de hacer que una nación agresiva pudiera aplastar a sangre y fuego los otros países con regímenes más liberales, no acordes con su rígida, monolítica ideología.

Repentinamente, bajo sus pies sonó un *plop* apagado. No pudieron saber quién había efectuado el disparo, si amigo o enemigo.

—¡Rápido, abajo! —susurró perentoriamente.

Acabaron de bajar las escaleras a saltos. Hicieron más ruido del conveniente y varias balas se estrellaron a sus espaldas. Los apagados sonidos de pistolas silenciosas les indicó que los facinerosos tampoco les interesaba llamar la atención del exterior.

Carella se acurrucó al final de la escalera. Un poco a su izquierda, Brett

susurró:

—Los tenemos delante a juzgar por la trayectoria de sus disparos. Hasta que Johnny y Lin les hagan cosquillas por la espalda nos tienen acorralados.

—Espera.

Reinó el silencio. Los nervios les tiraban en todas direcciones. Una sorda furia estaba apoderándose de Carella. Sabía lo que eran aquellos hombres; renegados, traidores. La hez de un país que se lo había dado todo para recibir un escupitajo en pleno rostro como pago.

—Puercos —gruñó entre dientes.

Alguien se movió en la oscuridad, delante de ellos. Carella disparó. Escuchó el chasquido de la bala al astillar madera. Un enjambre de abejorros de plomo les buscó sin éxito.

—Cuatro —masculló entre dientes.

—¿Estás seguro? —susurró Peter.

—Casi. Las balas vienen en ráfagas de cuatro...

—Voy a separarme hacia la derecha, Frank... me mantendré a tu altura para que no nos tiroteemos —nosotros mismos en la oscuridad. Así distraeremos su potencia de tiro. ¿Conforme?

—Okey.

Se quedó solo. Entonces, en alguna parte lejana del almacén, las armas silenciosas entraron en acción y sus apagados sonidos llegaron hasta él con bastante nitidez.

A su derecha, Peter comenzó a disparar también. Carella se arrastró hacia adelante. Se entabló una batalla entre Peter y los cuatro emboscados. Carella descubrió que había una estiba de cajas frente a él. Formaban una masa más oscura que las sombras. De la cima de las cajas surgían los peligrosos disparos.

Se arrastró como un piel roja buscando el final de la estiba. Cuando la encontró irguióse despacio, tenso como un cable. Levantó la mirada y la pistola. No veía nada allá arriba, pero disparó casi toda la carga sin casi mover la mano.

Sonó un tremendo alarido cuando sus plomos hendieron carne humana. Hubo un estrépito y un cuerpo se desplomó rebotando contra las cajas.

Carella retrocedió de un salto, tendiéndose en la base del promontorio de madera. Ya era tiempo. Infinidad de proyectiles cayeron en el lugar desde el que disparara.

Aprovechó para reponer la carga completa de la *Magnum*. Escuchó los inconfundibles sonidos de la batalla. Poco a poco, su mente parecía embotarse dejándole convertido en una masa tensa de nervios y músculos guiados por un instinto primitivo y atávico, el salvaje afán de matar, de lanzarse a la más brutal, escalofriante de las cazas, la del ser humano.

Desde su puesto, agazapado, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Duro con ellos, muchachos!

Saltó de pie y volvió al lugar desde el que anteriormente había cazado a uno de los pistoleros. De nuevo vació la *Magnum* hacia las alturas, y de nuevo un cuerpo cayó con aullido de muerte repercutiendo por las anchas paredes del almacén.

Esta vez retrocedió, apartándose de la montaña de cajas. Los otros que estaban arriba pronto cambiarían de lugar, convencidos de que allí serían cazados como ratas. Cargó otra vez su arma, y de nuevo lanzó una andanada hacia la oscuridad que tenía enfrente. La poderosa automática saltaba en su mano como un ser vivo y palpitante, ansioso de venganza.

Repentinamente, en alguna parte se encendió una luz. No fue gran cosa para una nave tan grande como aquella, pero sí resultó suficiente para distinguir el contorno de las cosas.

Vio a dos hombres alejarse a todo correr en busca de la entrada del sótano. Carella afirmó los pies en el suelo y disparó bala tras bala con escalofriante sangre fría.

Uno de los fugitivos pareció tropezar. Chilló, dio una voltereta y acabó desplomándose sobre el polvoriento suelo de tablas. El otro consiguió llegar a la entrada del sótano, pero allí recibió un impacto que lo aplastó contra pared. No obstante, se enderezó, desapareciendo de la vista.

Carella echó a correr. Vio aparecer a Peter aullando como un indio salvaje. De alguna parte les mandaron un balazo, uno solo. Ni siquiera se detuvieron, disparando sin cesar entre los bestiales gritos de Peter.

El emboscado enemigo perdió la serenidad, más por el griterío que por el riesgo, puesto que no le habían descubierto todavía. Pero se levantó, disparando un revólver de gran calibre, y recibió la carga de la automática de Peter en pleno rostro. Pareció que una cuchilla invisible le decapitaba y el cuerpo sin cabeza rebotó sobre las cajas de madera que le habían servido de parapeto.

—¡Lo he cazado! —gritó Peter, deteniéndose.

Justo entonces surgieron Lin y Johnny del fondo oscuro del local.

—¿Todo bien? —indagó Carella.

—Me han dado en una pierna —refunfuñó Johnny—. Pero no te preocupes, todavía puedo valerme.

Realmente, apenas podía andar, pero arrastraba la pierna y los demás sabían que no lograrían hacerle desistir de la caza.

Lin gruñó:

—Hemos tumbado a dos ahí atrás. Los otros se han refugiado en el sótano. Todavía no han descubierto que sus archivos están vacíos...

—Vamos a terminar con todo esto de una vez.

Rugolo se quedó el último. Carella asomó la cabeza al oscuro portal y un abejorro le rozó los cabellos. Se echó atrás.

—Apaga esa luz, Peter —dijo—. Dilata nuestras siluetas.

Brett apuntó y disparó. La luz se apagó. Carella dispuso:

—Vamos a entrar a rastras, y así bajaremos las escaleras a fin de ofrecer menos blanco.

Dio el ejemplo tumbándose en el suelo. Por encima de él, Rugolo comenzó a disparar. El hombre que se hallaba al final de las escaleras, guardando la entrada, retrocedió precipitadamente. Carella, oyó sus pasos. Se detuvo, orientándose por ellos, y disparó rápidamente.

Escuchó un alarido y luego el golpe de un cuerpo al caer. Su táctica de disparar en abanico por el estrecho pasillo había dado resultado.

—Debe haber una llave de luz en alguna parte —masculló—. Cuando estemos abajo, Johnny, búscala.

—Okey.

No hubo más disparos en todo el resto del descenso. Pisaron un suelo de cemento sobre el que sus pies producían un rumor chirriante.

—Ahora, Johnny.

Esperaron. Segundos después, casi al fondo del túnel que tenían delante, se encendió una solitaria bombilla.

—Vamos —decidió Carella.

En aquel instante, por un recodo del fondo del pasillo surgieron dos hombres que empezaron a disparar casi antes de aparecer del todo.

Una bala se hundió en alguna parte de su cuerpo. Carella apretó los dientes. Estaba disparando como un loco, secundado por los demás. No pensó nada. No sintió más dolor que un golpe seco y duro. Pero una naciente debilidad hizo su aparición en los cansados miembros.

—¡A ellos, vamos, adelante! —bramó, rabioso.

Los dos enemigos rebotaban en aquel momento, zarandeados por la tempestad de plomo que estaba cebándose sobre sus cuerpos.

Los Justicieros se detuvieron el tiempo justo de recargar sus armas. Johnny refunfuñó:

—Esta maldita pierna está poniéndose rígida...

Peter, al lado de Carella, descubrió la mancha de sangre que estaba agrandándose sobre su camisa.

—¿Te han dado, Frank?

Este gruñó:

—Es un rasguño... No debemos darles cuartel. Vamos, Wadford debe estar ahí delante.

Peter y Lin saltaron como gamos. Carella les siguió notando una gran opresión en el pecho cada vez que respiraba.

Detrás de él, Johnny, gruñendo y soltando maldiciones dedicadas a su inútil pierna, casi se arrastró dispuesto a no renunciar a la batalla final.

Al llegar al recodo, Peter y Lin tuvieron que arrojar de cabeza al suelo, parapetándose en los dos cadáveres.

—¡Hay tres o cuatro tipos ahí! —anunció Peter, furioso—. ¿Cómo

vamos a desalojarlos de ese recodo?

—Creo que ya podemos hacer un poco de ruido —dijo Carella apretando los dientes—. Estamos lo bastante hundidos en la tierra para que el estallido no se oiga entre el fragor del carnaval...

Del bolsillo trasero del pantalón extrajo un objeto negro y cilíndrico, más pequeño que un huevo de gallina. Instintivamente, los dos, parapetados tras los fiambres, escondieron la cabeza. Carella llevóse la bomba a los dientes, dio un tirón y, alargando el brazo, la arrojó por el recodo, echar José atrás inmediatamente.

El estallido repercutió dolorosamente en sus tímpanos. Una nube de humo acre los envolvió. Escucharon gritos y gen dos, y alguien que llamaba desesperadamente a su madre.

—¡A por ellos! —gritó Carella, hundiéndose en la masa de humo.

Tropezó con un cuerpo y estuvo a punto de caer. Se detuvo, mientras sus camaradas le adelantaban. El que estaba en el suelo se movía y gruñía sordamente. Bajó el cañón de la *Magnum* y disparó una vez. El hombre dejó de moverse. Entonces reanudó la marcha con los dientes apretados hasta hacerse daño, y con la viscosa sensación de la sangre en el pecho.

Vio a los otros avanzar pegados a la pared, escupiendo plomo sin cesar para mantener defendidos a los que todavía quedaban al fondo de aquella especie de túnel, donde estaba la secreta oficina.

—Cuidado ahora —rezongó sin resuello—. Ahí se harán fuertes.

Los emboscados empezaron a disparar a través de una puerta cerrada. Las balas zumbaron, pero demasiado altas, porque todos se habían agazapado.

De pronto, Johnny cayó de rodillas, gimiendo, más de furia que de dolor.

—¿Te han dado otra vez, muchacho?

—¡No, sigue, Frankie...!

—Vuelve atrás.

—¡Y un demonio!

Levantó la pistola y vació toda la carga contra la puerta, acribillada ya. Los disparos, al otro lado, cesaron.

—No pueden escapar —anunció Frank entre dientes—. Pero nos darán trabajo...

—¡Acabaremos con ellos! Echemos la puerta abajo.

Peter saltó contra la madera. La puerta se hizo astillas, derrumbándose. El corpulento Brett rodó por el suelo, buscado por una andanada de balas que no le acertaron por verdadero milagro, o porque los que disparaban estaban tan aterrados que sus nervios les vencían.

Carella disparó rápida y furiosamente a través de la abertura. Sus compañeros le secundaron. Cuando cesaron de disparar nadie respondió a su fuego.

—¿Estarán muertos? —rezongó Brett, jadeante, los ojos desorbitados como los de un loco.

Lin dijo:

—Hay otro cuarto ahí dentro, a la derecha. Es donde estaban los archivos...

—Entonces están acorralados ahí...

Peter brincó en el aire y entró a la oficina rodando como una bola. Algunas balas zumbaron en su busca, pero parecía protegido por un poder sobrenatural. Llegó al otro lado del despacho sin un rasguño.

Desde allí comenzó a disparar hacia su derecha. Carella, sudando, con la respiración ronca como un fuelle asmático, llegó al umbral con una de sus pequeñas bombas en la mano.

—¡Échate al suelo, Peter! —aulló.

La pequeña esfera voló, entrando por la puerta interior. El estallido fue tan violento que parte de la pared se vino abajo y una lluvia de cascotes les envolvió a todos. Tosiendo, Peter gritó su entusiasmo rubricándolo con una sarta de disparos.

Esperaron precavidamente que el humo se disipara. Solo entonces avanzaron.

La habitación era un montón de escombros. Por entre los cascotes asomaban las piernas de dos hombres. Otro estaba muerto, casi despedazado. La explosión debía haberle alcanzado de lleno.

—Ninguno de ellos es Wadford —refunfuñó Carella—. Hay que encontrarlo para asegurarse de que no volverá a las andanzas.

Peter y Lin, los únicos, sanos se pusieron a remover las ruinas. Apareció otro pistolero, aplastado y sangriento. Diez minutos más tarde, el cuerpo de Cornelius Wadford surgió apenas reconocible.

—Ahora podemos largarnos —dijo Carella con voz débil—. Alguien tendrá que ayudarnos a Johnny y a mí, o nos encontrarán aquí mañana, cuando alguien venga a ver qué ha ocurrido.

Les ayudaron, naturalmente. Su aspecto desastrado y polvoriento, en medio de la locura del carnaval, pasó desapercibido, de manera que pudieron llegar al hotel fingiéndose borrachos, cantando y escandalizando a voz en grito.

La habitación estaba en orden, desierta. Carella exclamó:

—¡Julie!

No respondió. La, joven se había marchado.

Los otros no dijeron nada, solo se miraron. Tenía los ojos inyectados en sangre, con un brillo febril, salvaje. Los dientes apretados emitían un tenue chirrido. Toda la tensión del mundo parecía haberse concentrado dentro de él.

—Debía ser así —susurró, y se dejó caer de espaldas sobre el diván.

Tanto Peter como Lin pusieron en práctica sus conocimientos de

medicina limpiando las heridas y desinfectándolas lo mejor que pudieron.

La pierna de Johnny mostraba un agujero de salida de la bala, pero Carella la tenía todavía en el pecho, debajo de la clavícula.

—Te dolerá —gruñó Lin.

—Bueno.

Le dolió.

Tres días después tomaba el sol en la terraza, leyendo las escandalosas informaciones de los periódicos referentes a la salvaje matanza de aquellos sótanos. En su propia terraza, Johnny Rugolo dormía. Tal vez soñara que pilotaba uno de los aviones de combate...

Julie había dicho que los sueños no cuestan dinero...

«Solo jirones de la propia vida», musitó Carella para sí mismo.

Arrojó los periódicos a un lado. Dos días después estarían de nuevo en Nueva York, donde, en una simple habitación de hotel, un Secretario de Justicia de incógnito escucharía sus informes con su rostro de palo.

Hasta era posible que, descendiendo de su cumbre, se dignase felicitarles.

O tal vez no.

Un Secretario de Justicia no puede soñar jamás, ni dormido ni despierto.

«Él se lo pierde», gruñó entre dientes.

Detrás suyo, en el interior, Lin preguntó:

—¿Qué decías?

—Nada.

Cerró los ojos y trató de dormir. Río de Janeiro, bajo sus pies, parecía también sumida en un profundo sopor, en un silencio idílico después del bullicio del carnaval.

Un estruendo de tormenta, de sangre y muerte...

FIN

JOHNNY RUGOLO

FRANKIE CARELL

PETER BRETT

LIN BURKE

Estos son LOS JUSTICIEROS

Cuatro héroes anónimos, luchando sin
cesar contra el imperio del crimen.

LOS JUSTICIEROS

Una serie creada por

BURTON HARE

Próximos títulos:

Punto Rojo 231 – *Operación Van Allen*

Punto Rojo 235 – *Guerra secreta*

Punto Rojo 238 – *La muerte se viste de oro*

Punto Rojo 241 – *¡Maten a Carella!*

NO DEJE DE ADQUIRIRLOS!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772